



REVISTA MENSUAL, ILUSTRADA, LITERARIA, HUMORÍSTICA, INSTRUCTIVA.

DIRECTOR FUNDADOR  
S. MARTINEZ FIGUEROA

DIRECTOR  
FRANCISCO R. GONZÁLEZ

AÑO III

SAN SALVADOR, C. A., ABRIL DE 1917.

No. 28

Las fatigas del día sentidas con mayor intensidad por los quebrantos de la salud, nos llevaron a un hogar amigo para disfrutar en su refugio cariñoso el descanso físico y el bienestar moral que tanto necesitábamos.

Era una noche plácida y tibia, espiritualizada por la luna.

Habíamos pasado muy agradables momentos en casa de la señora viuda de Madriz; y cuando el reloj de la catedral dió las nueve, nos despedimos de ella con un apretón de manos y, con tiernos besos en las mejillas, de sus niños adorables.

La calle estaba silenciosa, los conciertos terminaban y los teatros se abrían para el público. Caminábamos con rapidez y eso nos hizo mal: el corazón se inquieta y luego se queja de dolor; un sudor frío empapa la frente, la respiración se dificulta y los brazos se desmayan entumecidos y flácidos.

Doblamos la esquina del señor Meléndez, donde está regiamente establecido el Consulado Argentino y seguimos al

## RINCÓN DE ENSUEÑO

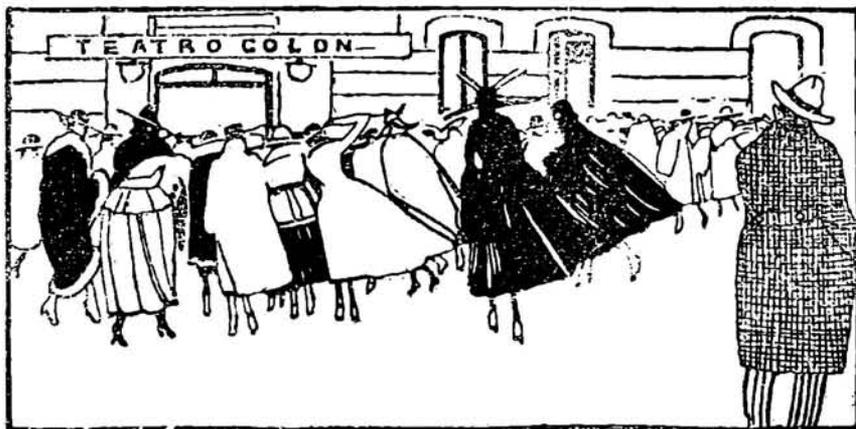
ULTIMO capítulo del libro *El Salvador al Vuelo*, publicado recientemente por ALEJANDRO BERMÚDEZ.

poniente hasta llegar a la preciosa plazuela de Morazán. No podemos seguir andando y tomamos asiento en un poyo que se extiende a lo largo de toda la pared oriental del pintoresco cuadrilátero.

Estamos precisamente en la esquina noroeste de la plazuela, bajo los talleres de la Galería Artística de los señores Imery y Fuentes, que han contribuido con algunas de sus magníficas fotografías a la variedad y exquisitez de las ilustraciones de este libro. El reposo nos alivia; las brisas de la noche nos traen efluvios lejanos y como suaves caricias del cielo; los nervios se tranquilizan y el espíritu recobra sus facultades especulativas. Después de la crisis la meditación es lúcida. El pensamiento brilla más sobre las crestas del dolor.

Y nos ponemos a pensar.

Varias parejas se pasean animadas sobre las espaciosas plataformas que rodean los recién construídos arriates del jardín; otras conversan calladamente, sentadas en el poyo lateral y muchos niños corretean bulliciosos por la plazuela





o se agrupan en la gradería que sirve de pedestal a la rígida estatua del primer héroe centroamericano.

Los coches y los automóviles que desembocan por las esquinas, antes de seguir su itinerario, dan varias vueltas al rededor del monumento, atraídos por la comodidad que les ofrecen las anchas plataformas de concreto, construídas especialmente para el ordenado desfile de vehiculos durante las noches de función en el Teatro Nacional.

Consumidores de dulces, refrescos y bebidas espirituosas entran y salen a la cantina y repostería de Bengoa; los tranvías se retiran a la estación central y mientras los teatros se llenan, la concurrencia va disminuyendo por las calles de la población.

Sentados en aquel sitio tenemos a nuestra vista casi todos los aspectos salientes de la vida social y política de El Salvador; todo lo que vibra como pueblo y lo que significa como nación: la alegría y la desenvoltura de los niños, ajenos a la depresión enervante que producen en el alma colectiva las amenazas de la tiranía; la tranquilidad del artesano en la convicción de su valer individual y como factor integrante del gremio, que tanto pesa ya en la balanza de los destinos sociales; el comercio que se desarrolla sin trabas, estimulado por la competencia y sostenido por la esplendidez del público; el arte, la cultura y el espíritu de progreso, en el soberbio Teatro Nacional; la ciencia y el capital en la casa de Palomo, la prosperidad del país en el Banco, el sentimiento religioso en las severas cúpulas de la Catedral; el adelanto urbano en la edificación privada y en los gallardos focos de la luz eléctrica, y el ideal político, perpetuado en bronce, en aquel monumento que representa a Morazán, erguido sobre sus conciudadanos, llevando en una mano la Carta Constitutiva de la Federación centroamericana.

Todo esto se ofrecía a nuestra vista en aquel pequeño lugar animado y sugestivo, resumen y compendio de la vitalidad del país y del esplendor de la capital.

Los minutos pasaban y la actividad comenzaba a disminuir; los niños se iban retirando a sus hogares, los paseantes se alejaban también por distintos rumbos y a poco sólo se veían en la plaza algunos transeúntes rezagados, las parejas de la

Guardia Nacional, que solían cruzar, observadoras y disciplinadas, por la calle, y los agentes de la Policía, firmes y silenciosos en sus puestos de vigilancia.

El descanso y la frescura de la noche nos habían reanimado; no queríamos abandonar aquel rincón de ensueño que nos ofrecía tantos atractivos para la vista y para el alma. La soberbia estructura del Teatro Nacional nos obsesionaba; notas errantes de la música del Principal nos acariciaban con suavidad de aleteos y la figura de Morazán, llevando en su mano el ideal escrito que no pudo triunfar por las inconsecuencias de los hombres, nos hizo pensar en los destinos de la raza, tan amenazados por el impulsivismo y las ambiciones de los poderes conquistadores, como por la indiferencia, cuando no por las rebeldías y los egoísmos de sus propios descendientes.

Un automóvil que cruzaba rápido frente al Banco Salvadoreño nos apartó de aquellas consideraciones que ya iban tomando una triste coloración de pesimismo. Levantamos los ojos hacia el azul del cielo y con la mirada pusimos también muy alto el pensamiento; nos acercamos —cuanto podíamos— a la comprensión del ideal supremo de toda justicia y una onda de serenidad y de esperanza sentimos que penetraba hasta nuestro corazón.

No estamos vencidos, parecía decirnos un eco de la raza traído hasta nosotros por un soplo de Dios.

Y pensamos que aquello era muy cierto: no estamos vencidos. Lo que nos falta es un poco de solidaridad y de carácter para adquirir la consistencia y respetabilidad que no han podido darnos nuestras disensiones políticas ni nuestras divagaciones desordenadas. Hemos abandonado el timón de nuestro destino a los caprichos y a las veleidades de la suerte y las borrascas nos han conducido necesaria y fatalmente a los escollos; hemos permanecido en una indolencia lamentable y criminal, esperando nuestro bienestar del favor de los extraños, sin comprender que de ese modo dejábamos a su arbitrio nuestro patrimonio político y social, nuestro porvenir, nuestra independencia y dignidad.

Preciso es reaccionar inmediatamente contra semejantes errores. Debemos preocuparnos por hacer Patria y para eso se necesitan hombres; hombres de educa-



ción cívica y hombres de administración; capacidades y energías encaminadas paralelamente al mismo fin: perfilar las nacionalidades que los Padres de la Independencia nos dejaron en estado rudimentario, recién desprendidas de las entrañas del régimen colonial.

Ellos fueron los iniciadores y nosotros debemos ser los constructores.

Tenemos todo para poder efectuar dignamente nuestra jornada en la vida: inteligencia, valor, audacia, espíritu de sacrificio, abnegación, idealidad. Lo que nos falta es armonizar todo eso dentro de nuestros propios límites y combinar nuestros esfuerzos con los de los pueblos hermanos de la raza, para poder constituir la gran fuerza social que nece-

sitamos para hacernos respetables y entrar como factores eficientes en las evoluciones del progreso y de la libertad.

No estamos vencidos definitivamente todavía. Los triunfos de la fuerza sobre la razón y el derecho son pasajeros y efímeros, y no parecen imposibles las restauraciones equitativas, mediante la labor del pensamiento y los bien dirigidos impulsos del carácter.

Voluntad e idea es lo que necesitamos para triunfar en la vida. Hagamos la unión efectiva de esos dos supremos elementos y ya tendremos el broquel para defendernos y la fuerza impulsiva para lanzarnos sin vacilación a las conquistas del porvenir.

ALEJANDRO BERMÚDEZ.

No fue en una escuela superior, ni en las aristocráticas aulas de un Instituto, ni en las selectas cátedras de una escuela normal. Fue entre un grupo de hombres fracasados, que asisten con hurañez de gatos salvajes a oír las explicaciones que sobre tal o cual asunto de Moral, suelo endilgarles, allá en la ignorada escuela de un centro penitenciario.

Son hombres los que asisten a esas clases: hombres que parecen niños o niños que parecen hombres, sencillos, obedientes, sumisos; hozcos y silenciosos. La ley se ha cumplido en ellos con toda su inexorabilidad, y ahí están, condenados por largos años a morir de tristeza, de olvido y de desprecio.

Cierta ocasión me tocó hablarles de algo muy difícil por cierto, para quien no tiene el dón de persuadir. Les hablaba, pues, de un deber capital casi olvidado ya: de la obligación imperiosa en que están los casados, tanto la mujer como el hombre, de armonizar, de adaptar mutuamente sus tendencias, sus pasiones, su índole y sus debilidades, para mantener siempre vivo ese fuego sagrado del hogar que se llama amor.

Uno de los alumnos, un viejo como de cuarenta años, cuya fisonomía indíge-

## LA LECCION DE MORAL

De hoy más figurará en las páginas de ACTUALIDADES el nombre de nuestro nuevo colaborador don Manuel Masferrer C., inteligente y modesto escritor salvadoreño que goza de generales simpatías en su patria, como consecuencia de su labor honrada y noble en el campo de las letras.

na, de color terroso y aspecto sombrío revelaba la prolongada angustia de su cautiverio, sacando de cuando en cuando su mugriento pañuelo, esquivaba el semblante para enjugarse una furtiva lágrima que pugnaba por cruzar sus enjuntas mejillas.

Cuando se terminó la explicación, todos se retiraron, mientras él, dirigiéndose a mí con voz tímida, me dijo:—Maestro, dónde hay de esos libritos y cuánto valen?—pues justamente acababa de leerles algo alusivo a mi tema. Aquel hombre no sabía leer aún y le interrogué:—¿Para qué quiere Ud. un libro de esos?—Señor, desearía mandárselo a mi mujer,—me dijo, como queriendo reprimir una honda emoción o disimular un recuerdo doloroso.—Tómalo, repliqué, para los hombres de corazón son estos libros. Me dió las gracias y se fue apretando el pequeño volumen entre sus manos callosas.

Qué pasaría en aquel instante por el alma del pobre rematado? Qué lejana visión de bienandanza contemplaría el infeliz presidiario con la posesión de aquel amuleto? Eso sólo quedaba escrito en el lenguaje de sus lágrimas confluídas a su mugriento pañuelo.

M. MASFERRER C.



EL General José María Melo, como jefe del Ejército, a principios de 1854 estaba visitando los cuarteles de Bogotá, y en un domingo, al caer de la tarde, se dirigió al cuartel de húsares acantonado en la casa que ocupaba poco ha la Gobernación de Cundinamarca, esquina de San Francisco; al acercarse a la puerta tropezó con el cabo Quirós, que medio ebrio se dirigía al cuartel. Melo indignado, desenvainó la espada, y dándole de planazos lo hizo entrar; pero el cabo maltratado, le replicó al General en el zaguán: «Mi General, buena batalla ha ganado.» Melo entonces enfurecido le hincó la espada dejándole muerto al instante. Naturalmente, sin pérdida de tiempo, se inició el sumario respectivo; pasó a constituirse juicio criminal y mediante los trámites legales llegó el momento de dictar la sentencia: tocó al Dr. José Vicente Concha dictarla como Juez del Circuito, y lo condenó a muerte. Tal veredicto se temía porque el hecho era claro; pero la plebe insubordinada buscaba siempre pretextos para insultar y herir a la clase alta de la sociedad, de suerte que no había tranquilidad temiéndose a cada paso ataques de los *guaches* aleccionados en las ideas socialistas que imperaban en esos malhadados tiempos. Y efectivamente, al conjeturar que la sentencia se había dictado, los artesanos de bayetón y garrote, representados por Góngora, un León y otro, se dirigieron a casa del juez Concha con el cual se entabló el siguiente diálogo:

—Doctor, hemos sabido que usted va a dar la sentencia contra el General Melo, y antes queremos que usted nos haga el favor de dejarnos hojear el expediente para ver ciertos puntos que deseamos conocer.

—Siento mucho no poder complacer a ustedes porque el expediente está en el juzgado.

—No, señor, dispense que le contradigamos, pues don Casimiro Porras, secretario, nos acaba de decir que lo envió a usted.

## EL GENERAL JOSE MARIA MELO

EN el número 12 de esta revista, correspondiente al mes de diciembre de 1915, publicamos unas páginas históricas de nuestro distinguido colaborador el poeta Juan J. Cañas, en las que nos refería cómo el famoso General colombiano José María Melo vino a El Salvador el año de 1859 y la favorable ocojida que le dispensó el General Gerardo Barrios.

Como una ampliación a aquel estudio histórico, reproducimos hoy el presente artículo que encontramos en el importante colega bogotano SUR AMERICA.

unos siete mil pesos que damos a usted sólo por que nos franquee ese juicio aquí en su presencia.

—Cómo! Me ofrecen ustedes dinero sólo por ver unos papeles? Oh! no será por verlos solamente; la oferta revela otra cosa, pero en fin, yo no tengo el juicio, quizás el portero no lo ha entregado aun al Secretario.

El semblante de los solicitantes tomó aspecto amenazante, y el Juez, apercibido del cambio, penetró al punto a su pieza, golpeo los dedos de una mano sobre la otra cerrada produciendo el sonido de un gatillo en preparación, lo que debió de ser oído por ellos: salió luego, y con aire severo les dijo: Si tanto interés tienen en ver el expediente, pueden ustedes ocurrir mañana al juzgado. Ellos se cruzaron algunas palabras en voz baja y dijeron: Hemos de ver el asunto a todo trance aunque usted se oponga a ello. Y bajaron la escalera rápidamente sin despedirse.

El Juez al día siguiente llevó consigo los papeles al juzgado ordenándole al Secretario los hiciera pasar sin pérdida de tiempo al Tribunal.

Esta escena tuvo lugar como el doce o trece de abril, y el 17 estalló en la capital la revolución encabezada por Melo, quien mandaba las fuerzas que no bajaban de once mil hombres bien armados. El primer paso fue reducir a prisión al Presidente de la República General José María Obando, declarándose en seguida el General Melo dictador.

El ex Juez Concha, días después, se vio precisado a ir a Facativá, en cuya plaza se encontró de manos a boca con

—Sí, pero lo devolví a la oficina. Con todo, voy a ver si al enviar varios expedientes se quedó ese. Y el Dr. Concha, viendo lo que le estaba sobreviniendo, pasó a su pieza, tomó el expediente y lo escondió; hecho eso, se volvió a sus interlocutores y les dijo: «Nada, el asunto lo remiti.»

—Mire doctor, usted no ha buscado bien, no nos deje con el deseo de verlo. Vea señor, tenemos aquí



Góngora y otros de la laya, quienes al verlo se lanzaron sobre él y le asestaron un bufeton; pero Concha, cerrando la mano, dió tan tremendo golpe a Góngora que lo echó por tierra; un joven Ferro le entregó al momento un puñal que, visto por los atacantes, los hizo dispersarse. Los amigos del Dr. Concha le observaron que corría peligro inminente, y que si Melo, preocupado con el mando, lo había descuidado, de un momento a otro procedería contra él. Concha com-

prendiendo su situación, fué a ocultarse a casa del Internuncio Monseñor Balirl, donde estaban otros asilados como don Manuel Medina y el General F. Valerio Barriga, que esperaban ocasión oportuna para ir a incorporarse en las fuerzas constitucionales, como en efecto lo hicieron, para entrar luego a Bogotá vencedores el 4 de diciembre del mismo año. Melo se fugó y fué a dar a México donde fué ahorcado por revolucionario.

EN medio de esta suprasensibilidad que se apodera de nuestro intelecto en fuerza de husmear por entre todo aquello que es o pretende ser cultivo de la belleza o de su expresión, el arte; entre esa saturación mental, especie de manía intelectual que transforma la inteligencia en uno como paladar exigentísimo; cuando ya nada o muy poco de esas literaturas manoseadas, enfermizas y en el fondo cristalizadas y desmirriadas por un desgaste del cual en vano pugnan por salir, nos llama la atención, entonces es dulcemente espiritual hallar algo que comporte en su íntima esencia una savia nueva, y un verdear palpitante en su forma exterior. Entonces, a la vez que el corazón se expande, sentimos que nuestra concupiscencia intelectual se aviva, y a manera de llama de un incendio, va lamiendo acá y allá, ávida de encontrar pábulo, y nuestra facultad analítica salta ágil y atareada, buscando el defecto que destruya lo que por el momento juzgamos un espejismo, o inquiriendo psicológicamente dónde reside eso intangible que forma el encanto, esa nimiedad que revoluciona el sentimiento.

Hé aquí cómo se opera el proceso mental de lo delicioso cuando una lectura nos llega al alma, colma nuestros sentidos y al fin nos impulsa imperiosamente a consignar nuestras ideas, que bregan por exteriorizarse, quizás no

## LITERATURA NACIONAL

"EL PRIMER LIBRO DEL TRÓPICO"  
de ARTURO AMBROGI

CON alguna frecuencia hemos dado cabida en estas páginas a valiosos juicios críticos que la prensa extranjera ha consagrado a las producciones del escritor salvadoreño Arturo Ambrogi, y hoy tenemos la satisfacción de insertar uno más de los muchos que nos han llegado en revistas del exterior.

tanto por alabar a un autor, como para aliviarnos del peso del legítimo entusiasmo.

Ese proceso se ha cumplido dentro de mí al recorrer las cortas y pastoriles páginas de "El Primer Libro del Trópico", delicada colección de paisajes esencialmente americanos, por donde se pasea, trajeada con to-

do el lujo de su sencillez, el alma tropical, por tanto tiempo adormida o sojuzgada por el imperio aberrante del alma española, nuestra antigua nodriza.

Allí esa savia nueva, ese verdear palpitante de que hicimos mérito anteriormente. Porque no es un autor engreído, un artifice vano quien habla y pinta en aquel libro, que es también un liezo: es algo a modo de *medium* del espíritu de la naturaleza joven y rebosante que parece haber buscado como edén estas bendecidas regiones tropicales, cual si se hallase cansada de verse modificada, enmendada y limitada por la artificiosa y efímera civilización en gran parte de la tierra.

En el corto espacio que abarca el libro en que me ocupó, lo espontáneo, lo colorido natural, pudiéramos decir, lo agrestemente hermoso, campan sin cesar; y ese sabor silvestre es exquisito perfume y alimento para nuestras imaginaciones cansadas, pues éstas, al revés de lo que sucede al morfinómano, acusan el refinamiento por una tendencia hacia dosis más simples.

Don Arturo Ambrogi, autor del libro



en cuestión, revela ser, desde luego, un austero y fiel cultivador del naturalismo; cosa que ya habíamos notado, aunque como cualidad negativa, en otro libro del mismo Ambrogi, *Sensaciones del Japón y de la China*, donde ese culto lo llevó a la exageración, pues colocó el libro al alcance tan sólo de unos pocos iniciados en el lenguaje de él, y sin duda veló con voces exóticas trozos que deben de ser bellos.

El *Primer Libro del Trópico* es también una muestra de naturalismo. Sólo que allí esa tendencia, ese culto del autor a lo real, fueron encauzados por el motivo, y dieron por resultado una obra deliciosa para los que sentimos, apreciamos y reverenciamos esa alma tropical, tanto más esquiva y desconocida cuanto menos adoradores ha tenido que sepan de sus ocultas e imponderables bellezas.

Del cuasi virgen tesoro de esas bellezas ha robado el señor Ambrogi un collar de perlas, que son las que lucen en su libro con el ropaje de cortos capítulos. Por eso aquél tiene el mérito de lo propio, de lo pristino y de lo verdadero para quienes conocemos esas gemas, no entre las páginas de los libros, sino en lo escondido de sus cuarzos misteriosos.

La embriagadora voluptuosidad de los campos ubérrimos; la suave caricia del viento libre con aromas de selva; el hábito enervante del sol que calcina y enceguece; el melódico mugir de la vacada, recogido por el eco vagabundo y paseado por valles donde ondulan los oros de la mies, y por colinas donde los céfiros lo quiebran y diluyen hasta darle sonidos humanos; el misterioso y mudo monólogo de la encina desecada que abre los brazos de sus ramas enjuntas en medio de la llanura bañada en una luz muriente de penumbras doradas; las notas negras que los zopilotes ponen sobre el pentagrama de las ramas de un árbol que se destaca en el azul; el can que muere perdido, abandonado, bajo las ruedas brutales de un auto, como ha muerto la compasión humana bajo las de los cañones y ametralladoras; la ráfaga parlara, la lluvia amodorrante, la luz, mucha luz, que inunda las praderas; recorta los sotos, anega las aldeas; hasta el trueno con sus broncas tonalidades de cristales que se rompen, todo eso forma el cuadro vivo, el paisaje movible por entre cuyas majas de belleza immaculada circula majestuoso, poniendo toques

de lozanía y de vigor, el arte nuestro, núbil ya, que parece asomar tímidamente su faz de dios imcomprendido y reclamar sus prerrogativas, oscurecidas por el esplendor de otras deidades extranjeras que le han robado el homenaje de sus naturales cortesanos.

Tángo y también ha sabido analizar y comprender ese arte don Arturo Ambrogi, que cuanto su pluma ha esparcido por esas páginas es o debe ser comprendido en toda la América Central y del Sur, pues las descripciones allí hechas cuadran maravillosamente con toda esa grande extensión de territorio, no obstante que la naturaleza cuenta allí con la más espléndida variedad.

La firma del señor Ambrogi no es desconocida en Colombia, pues la hemos hallado al pie de producciones encomiables. Con su actual libro, lleno de afinidades, tanto intelectuales como pictóricas y literarias, con nuestro modo de sentir, conquistará aquí el renombre que se merece y que le descamos muy sinceramente, al mismo tiempo que le enviamos las gracias por los buenos ratos que nos ha proporcionado con el envío de su libro.

JOAQUÍN PONTÓN

(De *El Artista* de Bogotá, Colombia).



—Supongo, señor director, que usted, después de leer mis versos, sabrá darme el lugar que merezco.

—Imposible, joven; yo soy director de revista y no carcelero.



EL MARIDO CLUECO

**H**AY animales sin madre: escuchad esta escena criolla.

En los pueblos polígamos, el señor del harem tiene que ser forzosamente o un perverso o por lo menos un manso tirano. Diez mujeres en una casa, hay que tener muñeca para sujetarlas: de allí nace el despotismo. Pero yo, así en las pampas del desierto como en los corrales del Zoológico, conozco y he observado al avestruz, polígamo reducido, que vive tranquilamente con sus cuatro o cinco hembras muy andariegas, hasta que éstas, un día, cuando madura la frutita del cepacaballo, plantifican allí en el potrero de su esposo, por dondequiera, unos huevos, algo así como los párvulos dejados en los zaguanes, y desaparecen.

Don Ñandú, filósofo hasta por ahí, silba quejumbrosamente su conocido lamento; busca el revolcadero de tierra suelta, donde sus mujeres solían empolvase, y, al fin, casi resignado, un poco con las patas y otro poco con el pico, arrea y reúne en esa depresión a los huevos, esos párvulos en proyecto. Mira; vuelve a silbar; nadie contesta: recuenta los huevos, aparta el más viejo, y él, el rápido corredor de la pampa, el ágil gambeteador, que en las persecuciones suele cansar caballos y perros, se declara clueco. ¡Un marido clueco!, es el mundo al revés. En la especie humana, en iguales situaciones, el hombre se entretiene largas horas en el club, sosteniendo larguísimas partidas de billar; en fin, no tiene nada de avestruz. Y mientras éste toma tan a lo serio su papel paterno-maternal, esas damas gambetean, lucen sus plumas que esponjan al aire,

## AGUAFUER- TES DEL ZOOLOGICO

por CLEMENTE ONELLI

LOS lectores de ACTUALIDADES conocen ya algunos artículos de Clemente Onelli, el sabio director del Jardín Zoológico de Buenos Aires y han sido tan bien recibidos, que no vacilamos en ofrecerles dos producciones más del ameno escritor argentino.



tienen grandes «parties de chasse» a la langosta, corren la verbena, en fin, en tanto que el sol y el ayuno poco a poco derripen y consumen la gorda picana del papá.

Don Ñandú siente, por fin, un día retumbar bajo su pecho caloso los débiles golpes de los polluelos que piden ver la luz: sus vísceras paternas le

dicen que al fin es madre. Se levanta a calambrado y tambaleante por el verdadero «tour de force» al que no está acostumbrado su sexo, y, amorosamente, como sólo sabe hacerlo una madre, abre con sus más delicados golpes de pico las cáscaras, para él sagradas ya, y, mojaditos pero vigorosos, se reúnen alrededor de sus escuálidos zancos las charitas. Hacendoso, prepara la primera sopita. Rompe el huevo apartado: ¡qué olor! Tan fuerte, que las moscas azules, siempre listas para los banquetes macábricos, concurren a centenares a chupar esa tortilla descompuesta. Por este rasgo de saber darse vuelta demuestra que es buen criollo. Y mientras los chicos pico-tean las moscas, él no prueba bocado. Coman hijitos—parece que les dijera,—gocen ahora ustedes que no tienen madre. Ni una palabra de reproche para ellas. Y si las charitas, con su insistente pio-pio parecen llamar a las ausentes, no contesta porque no lo entenderían; pero seguramente su pequeño cerebro de avestruz debe pensar con más o menos escepticismo: «Los hombres hacen las leyes; y las mujeres las costumbres». Y nada más; pues si es marido, es también caballero; y este «no insulta jamás a la mujer que cae».



## LOS RUISEÑORES DEL BARRO

CUANDO en las tibias y oscuras noches de noviembre las vejigas cantoras de los sapos resuenan por miles con casi aturdidor ruido metálico en la orilla de las lagunas, el que va callado por los caminos del Zoo se extraña de que en ciertos momentos la música de esos batracios se acalle por un rato, como si esos tenorios suspendieran su bulla en acecho de extraños ruidos que puedan presagiar para ellos un peligro. No es por eso. Una pequeña linterna ciega, desatada en el momento oportuno, me ha puesto al corriente de lo que sucede. Un macho entona, primero timidamente, después más resuelto, las primeras notas de su romanza: a su invitación se desgranán, en fuga siempre creciente, claras y sueltas, las letanías sin fin de todo el mundo batracio. Entre nueve y diez de la noche es el momento quizás de mayor paroxismo de notas entre esos ruiseñores del barro, que disminuye poco a poco con el avanzar de la noche. Esos intervalos que parecen de acecho son debidos a que uno, dos, veinte de los vecinos se han callado, y los restantes callan luego también un instante extrañando la falta de acompañamiento, para seguir al rato con más furia soltando sus metálicas y cortas notas.

Fué entonces que la linterna me explicó el misterio. Como dos burbujas de aceite que lentamente se aproximan sobre la superficie del agua, el sapo y la sapa enamorados, lentísimamente se a-

cercan: cuando la distancia es mínima las dos gotas de aceite se refunden en una; así los sapos: él se enarzona, y ya él y ella por buen rato, por larguísimo rato no encuentran tiempo para seguir su canto: la canción de amor—¡oh qué canción!—ha terminado.

¡Qué escena desagradable para un poeta sucede bajo el sector luminoso de mi linterna! Como las bíblicas ramerías de los caminos, por el césped, al borde del agua, sobre el arroyo, se repiten por miles de miles las silenciosas orgías de esos bajos fondos de la vida. Estrechamente unidos, si se les separa, después de un gran esfuerzo para conseguirlo, vuelven a unirse enseguida si uno los deja; y por amor de investigación he vuelto a unirlos en posición invertida, continuado igualmente en ese amplexo anormal.

Aproximadamente a las dos de la mañana ese gran coro musical ha disminuido notablemente de intensidad, pues las dos gotas de aceite de esta curiosa y grosera cariogenesis se han atraído casi todas: quedan tan sólo los rezagados que callan al aclarar el día y son ellos quizás los que en las asoleadas horas meridianas emiten aún de tarde en tarde sus notas dolientes, quejumbrosos suspiros de sueños aún no realizados.

Si para el naturalista esas escenas son interesantes, ellas harían decaer por cierto la poesía de los románticos que eternizan al ideal amoroso.

c. ONELLI

## EL ABANICO

Marfil y tul y alguna lentejuela:  
tal el viejo abanico que hoy extraje  
del fondo de un arcón. Su varillaje  
ocultó los rubores de una abuela,

al escuchar la amante cantinela  
de un pálido doncel, en cuyo traje  
la noble excelitud de su linaje  
la cruz de Cristo en el jubón revela.

Mientras la dulce confesión oía  
temblando toda y conl a faz inerte  
lquien dijera a su oído que algún nieto

de manos de la Musa que le guía,  
después de tantos años de su muerte,  
hiciese a su abanico este soneto!

EUGENIO DE CASTRO.

## BUSTO DUCAL

Deja que empolve tu cabeza blonda  
¡oh mi amada maligna y hechicera!  
Serás, bajo tu blanca caballera,  
una joven duquesa de la fronda.

Inconstante y fugaz como la onda,  
te llevó tu capricho a mi ribera,  
y sentí florecer tu primavera  
sobre mi pena misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,  
haz que sus alas, en gentil sonrisa  
el ave roja de tus labios tienda . . .

Aunque después me hieran tus desvíos,  
acuñare en tu amor los versos míos  
con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREIRE.



## EL SALMO DE LA VIDA ESPIRITUAL

No me digáis en tristes estancias que la vida es únicamente un sueño inútil, que el alma dormida es alma muerta y que las cosas no son lo que parecen.

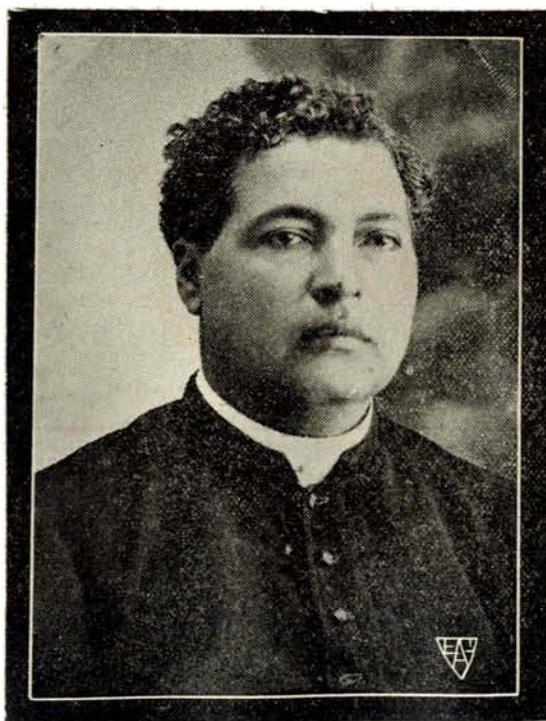
¡La vida es real, la vida es seria y la tumba no es un término!

No se refiere al alma lo de *polvo eres y polvo serás*.

Nuestra ruta, trazada por el destino, no es sendero de



SAN SALVADOR MODERNO —Suntuosa mansión de la familia Meardi.



PRESBITERO NICOLAS ANTONIO DURÁN

Fallecido en la ciudad de San Vicente el 21 de marzo de 1916.

alegría o de tristeza, sino camino donde la lucha ha de fortificarnos. Debemos amanecer con más valor cada día... El arte dura, el tiempo vuela, y nuestro corazón, aunque fuerte y valeroso, se parece a un tabmor con negros crespones batiendo fúnebre marcha y acompañándonos a la sepultura. En el mismo campo de batalla, en el vivac de la vida, no permanezcáis mudos como ganado que se deja conducir. ¡Héroe, levántate y lucha! No confíes sólo en el porvenir, por agradable y risueño que te parezca. Que el pasado fenecido entierre su muerte. Moveos, moveos en el presente. Elevad los corazones y que Dios os guíe. La vida de los grandes hombres debe ser nuestro destino. De este modo, al morir, dejaremos alguna huella en la arena de la vida. Y otro sér, perdido en la inmensidad, un hermano náufrago y abandonado quizás, encontrará estas señales que sirvan para darle valor.

¡En pie y a la obra!

H. W. LONGFELLOW.



## BELLEZAS Y ARTISTAS DE HONDURAS

**A**CTUALIDADES ilustra hoy sus páginas con las fotografías de Doña Guadalupe Ferrari de Hartling y de su encantadora hija Enriqueta Hartling, las dos delicadas y eminentes pianistas que acompañaron a nuestro artista, don Francisco López Navarro, en los conciertos que dió en febrero retropróximo, en el Teatro Nacional de Tegucigalpa.

La señorita Hartling es artista por temperamento y por herencia, pues sus padres son dos predilectos del divino arte de Bethoven.

Don Carlos Hartling, esposo de doña Lupe, es un músico que toca varios instrumentos, siendo un notable violinista concertista, de nacionalidad alemana.

Comenzó sus estudios en el Conservatorio de Música del Gran Duque de Waimar y los terminó en la Academia real de Música de Munich. En su país fué Director de una notable Escuela de Música, Director de orquesta y opereta, y concertista en tres notables Bandas Militares.

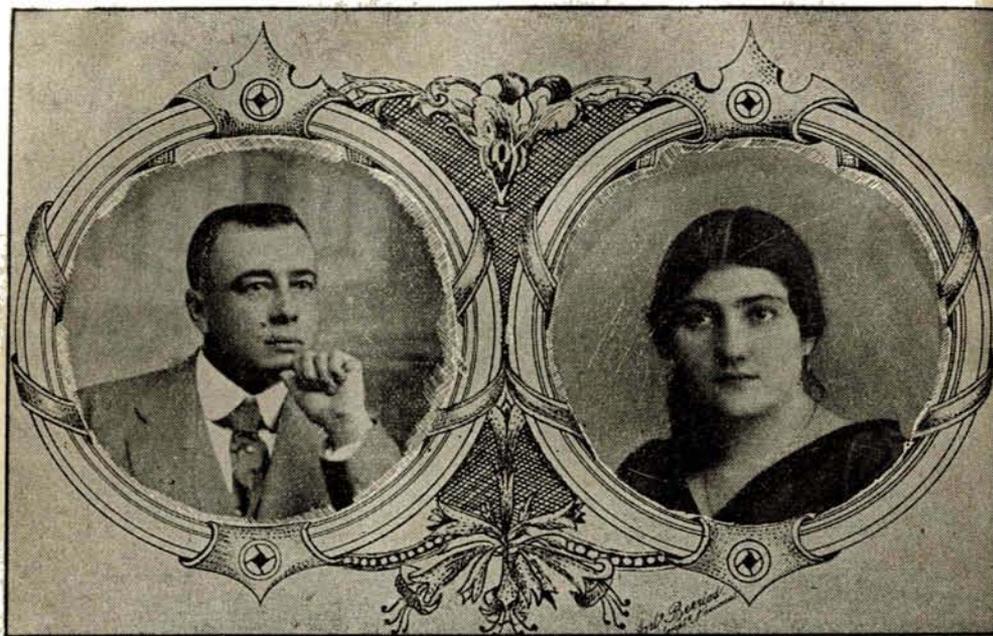
En 1896, siendo Presidente de la República de Honduras el Dr. Policarpo Bonilla, y Ministro de RR. EE. el Dr. César Bonilla, después de ensayar la organización de la Banda oficial de dicha República, con un director nicaragüense, uno norteamericano y otro francés, el señor Hartling fué contratado, por medio del Cónsul de Honduras en Hamburgo, señor Herman, para desempeñar aquel honroso,—y en aquel entonces—dificilísimo puesto. En aquella fecha el señor Hartling ocupaba el puesto de concertante de la Banda del Regimiento de Infante-



DOÑA GUADALUPE FERRARI DE HARTLING

ria N.º71 de Erfurt.

Desde el año citado, hasta 1915, desempeñó a satisfacción del Gobierno y del público la Dirección de la Banda oficial de Honduras, y en esta última fecha, y con motivo de la apertura de la Exposición de San Francisco de California, solicitó un permiso para asistir a aquellas fiestas. El permiso le fué concedido; pero una grave enfermedad que le atacó a su hija Enriqueta, lo detuvo en la Capital de Guatemala y tuvo que regresar a Tegucigalpa. Ocupaciones extrañas al divino arte le impidieron ter-



## EN LAS BODAS DE ELENA GALLONT Y PORFIRIO GARCIA S.

La campiña se viste de verdura,  
El cielo azul, de mágicos colores;  
La fuente alegre su canción murmura  
Y entona la canción de los amores.

¿Por qué se inspira así dulce poesía?  
¿Por qué se exorna de esplendor natura?  
¿Por qué abre sus alas la armonía  
Y ritma una canción toda ternura?

Es que el amor, su espíritu anhelante  
Esplende con el sol sus blancas alas,  
Y hay música y arrullo suspirante  
Y luce el corazón todas sus galas!

Has caído rendido al vasallaje  
Del dulce amor que sobre el mundo impera,  
Escuchaste su mágico lenguaje  
E hirió tu corazón en primavera!

Pues que viva el amor y la alegría,  
Que florezca el rosal de los amores  
Y que en la vida de los novios ría  
El fragante rosal brindando flores.

Que el sol de la esperanza siempre bello  
En el espacio de la fe fulgure;  
Que en cada corazón hallé un destello  
De amor y de ternura que perdure.

Tu poeta soy yo: estos cantares  
Llenos de luz y fe resplandeciente  
Los deshojo cual blancos azahares  
Para exornar tu inmaculada frente.

Y para el noble amigo aquesta ofrenda  
Hoy te ofrece este bardo que te quiere;  
Guárdala, pues, como sagrada prenda  
Que es un lirio de ensueño que no muere.

Yo quisiera este día sacrosanto  
Toda la luz que en el espacio ardiera  
Y en las sentidas notas de mi canto  
Daros toda una riente primavera.

Sea dichoso el viaje del ensueño  
La nave lleve un armonioso giro;  
Gozad de un dulce y amoroso sueño  
Más blando que el aliento de un suspiro!

Ya que Dios os llevara a los Altares  
Bajo un cielo de bellas ilusiones,  
Recibid estos tímidos cantares  
Que desfloro cual níveos azahares,  
En ofrenda de vuestros corazones!

F. J. RIVAS.

SONSONATE, 1917.



LA gente de pluma conoce el magnífico y original proyecto de viaje por tierras de América que ha concebido y está realizando el gran escritor Eduardo Zamacois.

Pero el público no sabe nada de ésto, y vamos a darle las interesantes noticias que el propio autor comunicó en una interviú que con él tuvo un «repórter» de *El Imparcial*, de Madrid, días antes de emprender viaje.

Zamacois salió ya de España cargado de películas, y embarcó con rumbo a Puerto Rico, primera etapa de su viaje. Después fué a Santo Domingo, a la Habana, a Nueva York. Dejando a un lado a México el moderno y original peregrino recorrerá todo Centro América, y, saliendo al Pacífico, rematará su viaje con la visita a las principales capitales de la América del Sur.

Aunque no tuviera más objeto este viaje que hacer acto de presencia, Zamacois obtendría un gran triunfo, porque él es uno de los escritores españoles más conocidos en estas tierras hispanas. Y decir que lo conocen es decir que lo admiran.

Pero Zamacois va a hacer algo más que presentarse: va a hacer algo muy grande, muy original y sobre todo muy conveniente para la intelectualidad española.

Oigamos al gran escritor:

«Yo he utilizado el cinematógrafo en su aspecto más noble para hacer vivir en la «film» a las personas que admiramos y queremos. ¿Cuánto no daríamos hoy por ver vivir unos momentos a los grandes hombres, ídolos de nuestros años escolares? Byron, Víctor Hugo, Napoleón... Este sentimiento y el deseo de contribuir a fortificar los lazos sagrados, irrom-

## ZAMACOIS VENDRÁ A EL SALVADOR

pibles, de raza y de idioma —lazos de amor, suaves como guirnaldas que unen las lozanas Repúblicas americanas al viejo solar de Castilla,— me sugirieron la idea de perpetuar en una cinta cinematográfica las imágenes de los más ilustres escritores es-

pañoles.

América, cuya cultura y noble avidez intelectual son extraordinarias, conoce perfectamente la obra de los insignes maestros hispanos, es decir, su alma. También les conoce físicamente por los retratos que de ellos publican las revistas ilustradas. Pero el retrato es frío; es la imagen muerta, rígida, sin calor en la mirada, sin gracia, sin ritmo. El cinematógrafo añade a la exactitud de la fotografía la verdad suprema del movimiento, que es la vida misma.

Yo he querido que mis hermanos de América habiten unos instantes en la intimidad gloriosa y solitaria, enlutada en las tinieblas de la ceguera, de Benito Pérez Galdós; he querido que vean a Valle-Inclán, de noble y ascético perfil, trabajando en su lecho, y a Pio

Baroja y «Azorin» dedicados a la rebusca de libros raros, y a Emilio Carrere «viviendo» «La musa del arroyo», su mejor poesía, y a Gregorio Martínez Sierra dirigiendo un ensayo, y a los hermanos Alvarez Quintero componiendo una comedia; y he querido también fijar el otoño de Joaquín Dicenta, ese extraño temperamento de señor feudal y de artista, para quien siempre la vida en todos sus momentos fué juventud.

Así mismo, van conmigo en esta «film» de luz, que es como el cerebro de España, Jacinto Benavente, Felipe Trigo, Manuel Machado, Mariano Benlliure, Rome-



EDUARDO ZAMACOIS



ro de Torres, Villaespesa, Linares Rivas, Marquina, Rusiñol, Hoyos y Vinent, Zozaya, Pedro de Répide y Leal Da Cámara.

Mi tarea ¿a qué negarlo? ha sido difícil, y sólo he logrado realizarla merced a un sostenido derroche de voluntad. Como las águilas, como los leones, como todos los fuertes, los grandes artistas son ariscos, enamorados, terribles de su independencia y de la soledad: imposible reunirles, decidirles a variar sus costumbres durante una hora; imposible determinarles a lo que nunca habían pensado hacer.... Pero al cabo cedieron, y yo tendré el honor de darlos a conocer en toda la América».

En cada población que visite dará Zamacois tres conferencias: dos sobre «Mis contemporáneos», los escritores que quedan mencionados, y una sobre la «España trágica»; es decir, sobre el toreo, no para ensalzarlo ni reprobarlo, sino para describir esa fiesta genuinamente española, fiesta de arrojo y elegancia, donde campea el desdén a la vida.

En estas películas Zamacois ha dado preferencia a lo que pudiéramos llamar los «bastidores» de la plaza. A saber: cómo se crían los toros, la vida en las dehesas, la historia íntima de los toreros; cómo se fabrican las banderillas y las picas; cómo se viste un picador, cómo se cura un caballo, cómo se borda un traje de luces. Nunca se hizo una «film» de esta clase, ni tan completa, ni tan emocionante, ni tan artística.

En estas películas el público podrá conocer al «Gallo» y a su madre la señá Gabriela; verá a Belmonte rezando en su oratorio, y por algunos de los momentos más interesantes de la fiesta podrá apreciarse, como si se viera, lo que es una corrida de toros en la plaza de Madrid. Todo tomado del natural; nada de artificio ni decorado; nada de la España de pandereta.

En hacer estas películas el gran escritor empleó más de un año, haciendo muchos viajes, derrochando un caudal de «film» hasta lograr impresionar un momento interesante de una buena tarde del «Gallo».

¿Cómo serán las conferencias? ¿Tendrá Zamacois el mismo arte hablando que tiene escribiendo?

Pocas veces se reúnen estas dos cualidades, y podrían citarse mil casos de hombres de extraordinario saber y de maravillosas cualidades de escritores que no han sabido o no se han atrevido a hablar en público. Zamacois vencerá con su gran talento y con su enorme energía, y seguramente con la palabra cautivará como cautiva con la pluma.

Pero no ha fiado el éxito a sus cualidades naturales, sino que se ha sometido a una preparación verdaderamente original. Todas las mañanas iba a los altos del Hipódromo de Madrid, a hablar a voces y leer alto para acostumbrar la voz. Sorprendidos los transeúntes le tomaban por loco o por chiflado: algunos se detenían para escucharle; y de este modo el insigne escritor ha podido añadir a su gran caudal de conocimientos de las almas nuevos y magníficos datos sobre la psicología del oyente, que, sin saber quién es el autor, se queda extasiado oyendo lo que está en armonía con su espíritu.

A la vista tenemos el programa completo de las conferencias y la explicación de las películas impresionadas, y que se proyectarán de manera que den al auditorio una sensación de realidad. Así, por ejemplo, cuando en la pantalla aparecen las escenas del encierro, se oirán los cencerros y las esquilas del ganado, y cuando en la lidia se cambien las suertes, sonarán los diversos toques de clarín.

Que la suerte acompañe a Zamacois en su bello e interesantísimo viaje y que le acompañe como nuestro afecto y nuestra admiración le acompañan. (*La Revista*)





EL reciente asesinado en Petrogrado del hombre que tan conocido fué con el nombre de Gregorio Rasputin, ha hecho desaparecer de la vida social y política en Rusia a uno de los impostores más extraordinarios y que con más éxito han logrado servirse de la religión

para ocultar sus ambiciones, su sensualismo y sus vicios. Hace cincuenta años o más, nació en una aldea de la Siberia occidental un niño, cuyos padres eran mujiks, y el cual al ser bautizado recibió el nombre de Gregorio. Rasputin, que significa hombre licencioso o prostituido, no era su apellido. Lo adoptó con posterioridad, tal vez para sugerir la idea del pecador arrepentido y enmendado. Gregorio como niño campesino, recibió una educación rudimentaria en la escuela pública de su lugar, que le puso en condiciones de escribir su nombre y leer la Biblia; pero nada más. Cuando joven, se dió a la embriaguez y a la disipación llevando la vida de campesino disoluto; pero a pesar de sus excesos, llegó a la edad viril con una robusta constitución y apariencia poco desagradable, distinguiéndose, además, por la atracción que, mediante circunstancias desconocidas, ejercía sobre las mujeres.

Como a principios del presente siglo, cuando se acercaba a la edad madura, Gregorio se puso en contacto con un predicador siberiano e influenciado por este aparentó corregirse, arrepentirse y convertirse. No hay medio de saber si ese cambio fué o no sincero entonces; pero sí sabemos que durante más de dos años el pecador arrepentido estudió la Biblia, la historia eclesiástica y los escritos de los padres de la Iglesia, emprendiendo por último una larga peregrinación religiosa. Cuando volvió a Siberia, fué ya con el carácter de predicador ambulante, y emprendió de nuevo la vida como «starets» o «santo», con el nombre de Rasputin. Para entonces se había ya transformado en un hombre de astucia y capacidad naturales, había cobrado confianza en sí mismo, y había descubierto que por medio de su magnetismo personal, de su conocimiento de la Escritura y de su supuesta santidad, podía ejercer

## UN DRAMA EN LA CORTE DE RUSIA

NO dudamo que será del agrado de nuestros lectores la presente narración, por las revelaciones que contiene y por haber sido publicada pocos meses antes de que estallara la revolución rusa actual.

gran influencia sobre hombres y mujeres, especialmente sobre estas últimas. Entonces parece que le ocurrió la idea de que podría encontrar un campo más vasto para ejercitar sus talentos en la capital del imperio que en la Siberia occidental y, en 1905, provisto de cartas de pre-

sentación de los eclesiásticos de la localidad para el Obispo Theofan y para el famoso Padre Juan de Cronstadt, se encaminó a San Petersburgo.

La suposición de que un mujik siberiano de edad madura, pudiera abrirse camino en los más altos círculos de la sociedad de San Petersburgo, hubiera por entonces parecido improbable si es que no ridícula; pero el atrevido impostor religioso, carente de escrúpulos, se encontraba antes de tres meses en camino del éxito. Parece que las damas más encumbradas de la corte le acogieron por su cuenta y que en las altas esferas parecieron novedosas sus enseñanzas y su personalidad atrayente. La Condesa Ignatief, esposa de un antiguo Gobernador General de Siberia, parece que fué la primera que llamó la atención sobre él, pero no tardó en ser recibido con los brazos abiertos en los salones de la capital, donde se discutían cuestiones religiosas y filosóficas. «En unos cuantos meses,—dice el «Reitch» de San Petersburgo, el «starets» llegó al apogeo de la influencia y del éxito. Las personas afectas a las innovaciones religiosas le consideraban como una especie de apóstol que había llegado como el portavoz de nuevas verdades y enseñanzas. Sus teorías religiosas y filosóficas, le atrajeron una multitud de adeptos—especialmente mujeres—abriéndoles ancho campo en qué satisfacer sus inclinaciones lascivas.

Difieren las versiones sobre las circunstancias que mediaron cuando el Czar lo vió por primera vez; pero en el invierno de 1905 a 1907, parece que fué recibido en el Palacio de Invierno y que fué presentado a la Emperatriz. Por esta época empezó a hablarse de él como de «Gregorio Novuz», y su influencia cerca de la familia imperial se hizo tan grande, que aún los nobles, generalés y



altos funcionarios del Estado que deseaban algún cargo, buscaron su intercesión y apoyo. En los días en que recibía en su habitación, ésta se veía invadida y acordaba gracias y concedía empleos con la misma seguridad que el soberano. Según la «Gaceta de San Petersburgo», confiaba tanto en su poder que con frecuencia decía a los socialistas: «Lleve esto» (y escribía su nombre en un pedazo de papel) «a fulano y dígame que Gregorio lo ordena.» Imposible es decir si el Czar estaba o no al corriente de la vida disoluta de Gregorio Rasputin: pero en caso afirmativo no parecía prestar la menor atención. Durante los años de 1907 y 1908 el «starets» visitó con frecuencia el Palacio de Tsarkoe-Selo, intimado tanto con el Emperador como con la Emperatriz. Entretanto sus relaciones con las mujeres, y especialmente con las de elevada posición social, se habían convertido en un escándalo público.

A principios de 1909 el Obispo Teofan había recibido tantas quejas sobre la vida disoluta de Rasputin, que le hizo comparecer ante un tribunal eclesiástico, el cual después de escuchar sus descargos, le ordenó se retirara durante un año a un monasterio, a lo que Rasputin se negó en lo absoluto diciendo que «sus hijas espirituales y sus discípulas femeninas no podrían pasarse sin él.» El tribunal no intentó siquiera hacer efectiva la sentencia, pero en 1910 el escándalo se había hecho tan notorio y las pruebas de la mala conducta de Rasputin tan convincentes, que el Obispo Teofan lo denunció como hipócrita y el primer Ministro Stolypin le ordenó que abandonara la ciudad. Entonces desapareció el disoluto «starets» sin que se tuvieran noticias suyas durante dos años. Sin embargo, sus discípulos y sus «hijas espirituales» continuamente insistían en que se había hecho una injusticia y apelaban para que se le permitiera regresar. Los esfuerzos en favor de Rasputin fueron apoyados por el Obispo Hermógenes y por el monje Iliodor, cuya influencia cerca del Czar era por entonces muy grande, y a fines de 1911 reapareció en San Petersburgo, donde pronto recobró con creces el terreno que había perdido. De nuevo se convirtió en el favorito, si es que no en el consejero del Emperador y de la Emperatriz y de nuevo se vió rodeado en los salones por su corte de

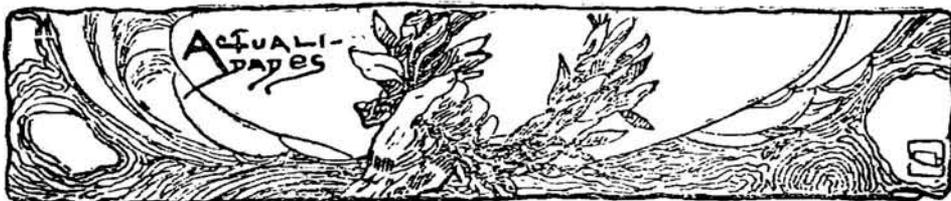
damas. El «Reitch» de San Petersburgo nos dice a este respecto: «Durante los dos años siguientes la vida y los triunfos del «starets» carecieron de precedente hasta en la historia rusa. A su influencia se atribuyeron la renuncia del Procurador del Santo Sínodo Lukianof, la caída del Obispo Hermógenes y del monje Iliodor con los que riñó bien pronto; la elevación del Obispo Barnabas, la campaña contra el metropolitano Antonius, y la expulsión en masa de los profesores de las academias eclesiásticas.» Sus intrigas acabaron al fin por provocar tal indignación que en la Duma se las hizo objeto de dos interpelaciones.

En julio de 1914, mientras que Rasputin visitaba su aldea natal de Pokrofsky, en la provincia siberiana de Tobolsk fué apuñaleado en la calle por una campesina llamada Guseva, quien declaró al ser arrestada que «deseaba librar al mundo de aquel falso e infame profeta, que a tantas gentes había descarriado, y que tan falsamente aconsejaba al Czar sobre innumerables cuestiones.» Rasputin, que parecía mortalmente herido, fué conducido al hospital de Tiumen, en donde se le atendió por el profesor Sergio Fedorof, médico de cámara del Czar y por la señorita Virubova, dama de honor de la Emperatriz enviados a Siberia por órdenes soberanas.

Dos o tres días después, un telegrama de Tiumen anunciaba que después de una operación quirúrgica Rasputin había muerto sin recobrar el conocimiento a las seis de la tarde del día 14 de julio. Pero no era así. Un informe posterior hacía saber que había recobrado el conocimiento y que era probable su curación. Tres o cuatro meses después, se encontraba de nuevo en San Petersburgo, al parecer tan popular entre las damas y tan influyente en la corte como siempre.

Después de la ruptura de la guerra europea, la influencia de Rasputin sobre el Czar y la Emperatriz se ligó en el ánimo popular con muchos acontecimientos importantes, como la destitución del Gran Duque Nicolás del mando supremo del ejército. Se dijo que Rasputin favorecía una paz separada con Alemania y que el Gran Duque al saberlo, dijo que si el «starets» llegaba a caer en sus manos, lo ahorcaría.

No se ha permitido a los periódicos rusos ni a los oradores en la Duma cri-



ticar directa o indirectamente, a la familia imperial, pero durante los dos últimos años un observador atento de los acontecimientos de Rusia hubiera podido observar en la prensa y en las crónicas parlamentarias alusiones frecuentes a las «fuerzas ocultas» que trataban de controlar la política exterior o interior del imperio. Esas fuerzas ocultas eran Rasputin y otros aventureros, impostores o fanáticos, que al parecer influenciaban el carácter y a veces inspiraban los actos de un monarca religiosamente inclinado, pero supersticioso. La más poderosa y siniestra de estas influencias ha sido suprimida por medio del asesinato. Según telegramas de Petrogrado, el «starets» siberiano, Gregorio Rasputin, el favorito de las damas de encumbrada posición, y el reputado como consejero del Czar, fué asesinado por el príncipe Youssouf, yerno de uno de los grandes duques. No se sabe a punto fijo si el asesinato obedeció a causas políticas o sociales; pero de cualquiera manera, la vida que aquel hombre llevó, explica suficientemente su trágico fin. No merecería esa vida que nadie se ocupara de ella, si no fuera por la circunstancia de que ilumina en cierto modo el carácter de un monarca y de una clase directora, cuyos actos y móviles tienen actualmente gran interés para

todo el mundo civilizado. No cabe la menor duda sobre que Gregorio Rasputin, impostor y disoluto, tenía relaciones íntimas de alguna especie con la familia imperial de Rusia. Poco antes de que estallara la guerra europea, el jefe de los censores del Czar llamó a su oficina a los editores de todos los periódicos de la capital y les previno que no habían de ocuparse de discutir la personalidad del «starets» siberiano ni relatar sus actos, ni tan siquiera referirse a él nombrándolo.

«Pero» objetó alguno de los periodistas, «ese hombre es notoriamente nocivo, y está atrayendo descrédito sobre el Gobierno y la Iglesia. Toda la ciudad está llena con el escándalo de su vida. ¿Por qué se nos prohíbe referirnos a él?»

«No puedo contestaros esa pregunta», replicó el censor «pero en confianza puedo deciros que si tocáis a Gregorio Rasputin, tocáis al Sancta Sanctorum de Rusia. Ahora podéis retiraros.»

En el verano de 1914, cuando se creyó que Rasputin había muerto en el hospital de Tiumen, pareció ceder algún tanto la censura, y entonces se publicaron por los periódicos de San Petersburgo algunos detalles biográficos que quedan consignados en estas líneas.

GEORGE KENNAN.

## LA CONFIDENCIA

¡Pobre galleguito, rubio y candoroso,  
que a América vino sin ir a la escuela!  
Tiene torpes andares de oso  
y apacible mirar de gacela.

Su ademán es brusco, ¡pero qué sincero!  
Su palabra es ruda, ¡pero qué leal!  
Tiene el galleguito corpachón de acero  
y alma de cristal.

¡Madera de santo, carne de héroe... pero  
será «bodeguero»,  
ganará dinero,  
y hará capital.

Una vez nos vimos, y simpatizamos,  
y en el «bar» humilde, muertos de calor,  
charlamos, charlamos,  
con los codos puestos sobre el mostrador.

Y pasan los días, y siempre le digo,  
después de probar  
mi vaso de «Láguer»:

—¡Si usted viera, amigo

qué linda es mi tierra; qué bueno mi hogar!  
Y él me dice:

—¡Señor, qué delicia  
es sentarse a cuidar el rebaño  
a la sombra de un viejo castaño  
o a la vera de un río, en Galicia!

Y así vamos, el hombre y el niño,  
viendo, viendo... él, la sierra; yo, el valle;  
su aldea, él; yo, mi calle;  
yo, mi lago; él su Miño.

Y así enmudecemos, casi aletargados,  
atisbando el recuerdo que vuela  
por frente a mis ojos, negros y cansados,  
por frente a sus grises ojos de gacela.

Lo que yo te digo, lo que tú me dices,  
de mi hermosa tierra, de tu ancha campiña,  
abre y emponzoña nuestras cicatrices...  
¡Pobre galleguito, somos infelices!  
¡Yo tengo nostalgia; tú tienes «morriña!»

LUIS G. URBINA.



Si para ciertas personalidades históricas jamás llega la época de la justicia y de las reparaciones, bien pudiera el intransigente y obcecado criterio permitirle con benévola hidalguía a la voz que se atreva a rectificar en todo o en parte, y con perfecto conocimiento de causa, los hechos que se atribuyan a algunas de las personalidades aludidas; y es tanto más razonable tal con-

descendencia, cuanto que la historia del pueblo a que pertenezcan no puede excluirlas, si en los sucesos que narran han tomado parte activa.

Tal es la razón que se ha tanido para trazar las líneas que siguen, sin hacer comentarios, respecto del personaje que les sirve de título.

El General don Francisco Malespín, nació en Izalco, el 28 de septiembre de 1806: fueron sus padres, don Juan Malespín y doña Luisa Herrera y Rodríguez, quienes se domiciliaron en la capital del Estado en 1824.

Desde el histórico y sangriento sitio de Mexicanos en 1828, quedó inscrito en el Escalafón este futuro soldado, de 22 años, con motivo de haberse presentado su padre con sus cuatro hijos, Calixto, Gabriel, Ignacio y Francisco a ofrecer sus servicios al Jefe del Estado en defensa de la patria. Y este fué el punto de partida, al emprender el sujeto en referencia la carrera de las armas, el que con rapidez asombrosa se fue haciendo notable por su valor temerario en los diversos encuentros en que tomó parte.

Su arma favorita fué la lanza. Era un gaucho en el manejo del caballo, y siempre se encontró en las frecuentes funciones de armas de aquellos tiempos.

Los muros del entonces formidable castillo de Omoa, aún conservan los rayones que con el regatón de su lanza les hizo bajo una tempestad de metralla y de plomo de la que salió ileso, y ese acto legendario aún se conserva en los recuerdos como en los muros del Castillo. Esto se efectuó en 1831.

Así las cosas, no le faltaron desagra-

## EL GENERAL DON FRANCISCO MALESPIN

El presente bosquejo histórico es poco conocido en El Salvador, y está ya agotada la exigua edición que hubo de hacerse hace algunos años. El autor de este importante trabajo es nuestro laborioso hombre de letras Juan J. Cañas.

Hemos dispuesto que la inserción se haga en dos números de ACTUALIDADES.

dos y hasta marcada hostilidad de algunos de sus Jefes, por lo que determinó emigrar al Ecuador, en donde contrajo íntimas relaciones de cordial amistad, que siempre cultivó con esmero, con el epopéyico General don Juan José Flores. A su regreso al país, después de cerca de dos años, volvió al servicio en esta capital bajo las órdenes del General Morazán, Presidente

de la República.

Pero aquí conviene explicar la causa, que la mayor parte de los salvadoreños ignora, de haberse convertido Malespín en enemigo implacable de tan elevado Jefe, apareciendo bien pronto figurando en las embrionarias huestes de Carrera; cuya causa, que bien se podría titular «por un desaire», se verá en seguida.

Una mañana, dió orden el General Morazán a un ayudante, de llamar al Coronel Fulano de Candelaria, o al de igual título Zutano de la Vega. El ayudante, ya cansado de buscarlos en vano, se encontró en uno de los portales con el citado Malespín, a quien preguntó si había visto a uno u otro, pues llamaba el General a cualquiera de ellos, y éste le contestó negativamente y se dirigió acto continuo a la casa presidencial, esquina sudeste de la plaza mayor, para hacerse presente, caso que se le ocupase; pero ya el General, dando la espalda a la puerta de la pieza, hablaba con uno de los Coroneles aludidos; cuando el entonces Coronel Malespín, desde la puerta saludó diciendo: «buenos días mi General», a lo que éste con rapidez, o con un inmovimiento nervioso como ahora se dice, se vuelve y con marcado disgusto le dirigió estas palabras: «a Ud. no le he llamado: cuando lo necesite lo haré», y el avergonzado Jefe se retiró al pronunciar un «está bien», y al salir de aquella casa, en el portón, lanzó ante un grupo de oficiales, frases amenazantes que le dictaba el ofendido despecho. De allí se dirigió a la Mayoría General a pedir su baja absoluta, y dejando constancia de ello y sin esperar el resultado montó a caballo y salió de la ciudad, a



la que no volvió sino cuando el General Morazán abandonó el país en 1840; habiendo sido Malespín uno de los más importantes factores en el rechazo sangriento y desastroso que el héroe de Gualcho, del Espíritu Santo y de San Pedro Perulapán recibió en Guatemala el 19 de marzo del citado año.

Vuelto a sus lares el General Malespín, fue nombrado Comandante de las Armas del Estado, y desde ese momento se consagró con incansable tesón e insistencias casi apremiantes, a gestionar para que se fundase un Colegio de Segunda Enseñanza, preliminar y base de la Universidad Nacional. La idea fué acogida por el Gobierno con expansivas manifestaciones de júbilo inspiradas por el patriotismo; pero su realización se vino aplazando de día en día a causa de la estrechez del erario público; más por fin, ya cansado de promesas, en la Administración de don Juan Lindo, inaugurada el 8 de enero de 1841, se dirigió el ardoroso Jefe al Despacho del Ejecutivo, diciendo al presentarse: «De aquí no saldré sin el decreto tantas veces prometido, para la fundación de un Colegio y la consiguiente Universidad.» El 16 del mismo mes y año la Constituyente expidió el Decreto mencionado, ya sin más demoras; y si el acto en referencia no recomienda la subordinación del General Malespín, lo disculpa al menos el objeto que se tuvo en mira; y sin embargo no ha quedado sin cruel castigo, desde que de esa misma Universidad, fundada y sostenida por sus perseverantes esfuerzos, han brotado sus más encarnizados destructores.

Así pues se fundó en El Salvador el primer establecimiento Superior docente que tuvo condiciones de vida y prosperó a despecho de las convulsiones de la naturaleza y de las todavía más temibles, como son las políticas. Se denominó «Colegio de la Asunción» bajo el rectorado del sabio y virtuoso sacerdote doctor don Narciso Monterrey, de plácida y respetable memoria, quien supo formar muy honorables discípulos de los que aún quedan raros ejemplares.

Como al fundarse el Colegio, tenía por fuerza que adolecer de muchas incorrecciones en su régimen interno, particularmente en lo que se relaciona con el servicio de la alimentación; el General Malespín, supo que los jóvenes colegiales comían en el suelo, en un plato de lata

para cada dos y aún tres individuos, y ordenó se le llamase cuando estuviesen comiendo y así se hizo, pero él evitó que se moviesen los niños de su sitio diseminados en toda la pieza y en el puro suelo.

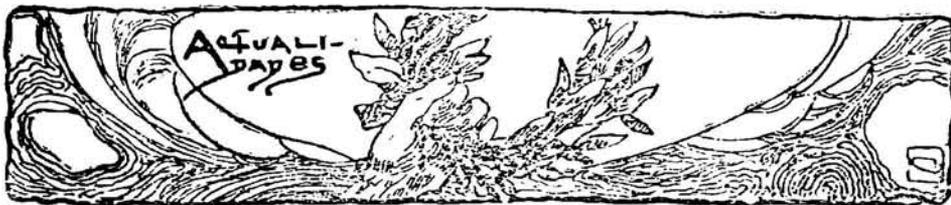
Hizo llamar inmediatamente al economo o tesorero del Colegio, que lo era don Isidro Viteri, ecuatoriano que vivía aquí con su distinguida familia, y a quien al presentársele, dijo el General: «Vea Ud. eso, mis soldados comen mejor que estos niños, pues por lo menos cada uno come solo en su plato de hojalata, así, pues, dentro de veinticuatro horas, pondrá Ud. mesa con sus manteles, las sillas necesarias, platos de loza, cubiertos, vasos y todo cuanto sea indispensable para que nada falte», y se retiró.

Es indescriptible la algazara que produjo esta escena: los platos de lata volaron al techo y por los aires los vivas y agradecimientos al General.

En ese mismo año desembarcaron en Omoa tres músicos y un aprendiz que hicieron el viaje a pie hasta San Miguel, en donde al llegar fueron a ver al Comandante Departamental, el Teniente-Coronel don Manuel Cañas, para ofrecerle un concierto. Este aceptó el ofrecimiento e invitó a lo más distinguido de la sociedad migüeña para concurrir a oírlo. A las siete de la noche comenzó la ejecución de piezas ligeras como vales, compás antiguo, tres por cuatro, contradanzas etc., etc. Los instrumentos eran: un clarinete, un bulce, vistó por primera vez en el país, una trompa y un redoblante.

El clarinete lo tocaba admirablemente don José Martínez, don M. Navarro el bulce, don Juan Güida la trompa y el aprendiz, el redoblante. Martínez y Navarro eran españoles, e italiano Güida.

La música causó gran novedad y sin perder momento el Comandante Cañas celebró con ellos una contrata ad referendum, para que pasasen a la capital a ponerse bajo las órdenes de la Comandancia General del Estado, caso que ésta dispusiera establecer una Escuela Filarmónica y formar una banda moderna como las de las grandes capitales de Europa, siendo por cuenta de Cañas los gastos en el evento de no ser aprobada la contrata. Pero ocurrió un desagradable episodio con estos señores: a la sazón se encontraba en San Miguel el acaudalado español radicado en Costa



Rica don Francisco Giralt, quien se propuso llevárselos consigo en su propio buque a dichos individuos, con halagadores ofrecimientos. Estos le objetaban que no podían romper sin motivo su compromiso de trasladarse a la capital al concluirse la feria de Ceniza, y que además corresponderían con una mala acción las atenciones y acogida generosa de que habían sido objeto por el Comandante Cañas, habiéndoles procurado alojamiento y todo cuanto podían necesitar; pero es el caso que por último se dejaron convencer y resolvieron fugarse en altas horas de la noche, rumbo al puerto de La Unión, donde el señor Giralt les esperaba, y así lo hicieron. Porque además, había entre el señor Giralt y el Comandante, motivo personal de desagrado, por asuntos de familia.

A las siete de la mañana siguiente de la indicada noche el Comandante, pasó a saludarlos como estaba acostumbrado y le informaron los sirvientes que muy de madrugada se habían marchado los señores para el puerto de Conchagua, con lo que el chasqueado funcionario fué a disponer que un rápido piquete de caballería les fuese a dar alcance y regresarlos, guardándoles no obstante las mayores consideraciones y miramientos.

Pero ya sea que los fugitivos fueran mal montados o el ser malos ginetes, sucedió que ya iban bajando la cuesta llamada «La Trinchera», desde donde se divisa a corta distancia la bahía y sus embarcaciones, cuando oyeron el atronador ¡alto!

Por todo cargo a su regreso a San Miguel se les dijo, que extrañaban que hubieran dado aquel paso, cuando podían haber manifestado que ya no les convenía llevar a efecto su contrata para darla como no hecha; y que si se les había obligado a regresar, era en reparación de la burla y ridículo en que dejaban a quien les había dado fraternal hospitalidad. Ellos muy avergonzados se mostraban arrepentidos de su error, pidiendo continuar su viaje a la capital, lo que dos días después se efectuó, sirviéndoles de guía un oficial, y para que les procurase las comodidades posibles en el trayecto.

A su paso por San Vicente se dejaron oír; pero invariablemente cobrando una onza por la más breve audición; precio que se pagaba con gusto por ser una gran novedad «la música extranjera»,

como generalmente se le llamaba en el país.

El General Malespín, lleno de júbilo, recibió a los viajeros, estableciendo bajo la dirección de éstos, encabezados por don José Martínez, la enseñanza clásica de música marcial, en donde se formó la primera Banda de su clase que se oyó en Centro América, banda que si bien en la actualidad está a la altura de todos los refinamientos alcanzados en Europa en el arte de las sonoras armonías, es lástima que la ponga en ridículo el pretencioso y nada correcto nombre que lleva de «Banda de los Altos Poderes». Pero de cuáles altos poderes? se preguntará.

Apenas se puede concebir tan estrañaria denominación, que sin necesidad exhibe al país como cursi, sino de peor manera, cuando están los títulos adecuados y propios y sin que se resienta el buen sentido: Banda de Marte, o de Belona, o de Palas, que todo es uno, o si se le quiere distinguir, como realmente merece destinada a tributarle honores al Mandatario Supremo y demás autoridades Superiores, pues llámese «Banda Palatina» o «Banda de Palacio».

Al mismo tiempo que establecía la escuela, se pedía el instrumental, vía Wallis, hoy Belice, según la lista de los referidos profesores.

Por ese tiempo estableció el General Malespín el alumbrado público con la policía nocturna y urbana, que con la denominación de serenos vigilaba la ciudad dormida y cantaba las horas, habiendo sido el General quien en la esquina noroeste de la plaza mayor o de la Bustamante, encendió el primer farol de candel rudimentario, a eso de las seis y cuarto de la tarde, y si le tocó ese honor al General, fue porque además de ser obra suya la mejora que se inauguraba, había aceptado el nombramiento de «Comandante Honorario de Serenos» con que dicho Cuerpo le investía. El abrigo que usaban estos nocturnos guardianes del orden, era una especie de capa de bayeta amarilla, y el General ostentaba de vez en vez, una esclavina de paño del mismo color en signo de compañerismo y aprecio.

Pero para ir reseñando a beneficio de inventario, los hechos de este hombre notable, a su paso por la Administración Pública, hay que tomar en cuenta que como era el más sólido y firme sostén



de aquel orden de cosas en que formaba parte, sobre él tenían por fuerza que recaer los odios profundos y encarnizados, latentes y manifiestos del partido que el año precedente dejó acéfalo la ausencia del General Morazán; partido disperso por todos los ámbitos del país, sin extinguirse nunca, y que no perdía momento para hostilizarlo, aunque no fuera más que inventarle actos reprobados o ridículos, por considerarlo, y con razón, uno de los más eficaces perseguidores, para que sucumbiese, como queda insinuado, aquel ilustre caudillo.

El General Malespin jamás dió importancia a las demostraciones de odio de que se le hacía objeto; de tal manera, que nunca tuvo guardia que lo custodiase en su casa de habitación, ni aun de oficiales de órdenes se le vió estar o salir acompañado; y esto infundía confianza en sus adversarios, hasta el extremo de estallar una formidable conmoción popular en inesperada ocasión, por lo mismo que nadie lo impedía, en la que llenando calles y plazas, atronaba los aires la compacta muchedumbre con vociferaciones y destemplados gritos de muerte y exterminio en contra del tirano, quien encerrado en su casa monta a caballo, toma la lanza, su arma favorita, y le ordena al célebre filarmónico nicaragüense José Galo, al que porque cantaba admirablemente, lo alojaba con cariño, que abriese de par en par el portón, y lanza en ristre acomete a las enfurecidas turbas, que desparvidas huían en todas direcciones y se refugiaban donde les era posible; y sin embargo, el arrojado centauro, a nadie hirió, entendiéndose bien, a nadie, y si atropelló a muchos, fue porque en el ir y venir del caballo entre las multitudes aturcidas le estorbaban para moverse con la rapidez que el caso exigía; pero el hecho es que cinco minutos después de la referida dispersión, toda la ciudad estaba completamente tranquila y sin haber hecho uso de la fuerza armada, de la que era el Jefe Superior y de la que con perfecto derecho podía disponer.

Al regreso a su casa, al paso de su caballo, después de lo ocurrido, encontró el General, frente a la esquina nordeste de la manzana noroeste de la plaza mayor, al sastre Juan Antonio Tocha, que agitaba un tizón encendido, a quien Malespin preguntó lo que allí hacía, y aquel le respondió: «voy a pegarle fuego a esa casa para quemarlo a Ud.» a lo que Ma-

lespin, con la mayor calma le dijo: «pero hombre, yo ¿qué te he hecho?»

Hay que advertir que en la citada esquina estaba el Teatro provisional y embrionario, que a instancias del propio General se había formado; cuyo techo era un gran cono de paja al descubierto que afectaba la figura de un monstruoso embudo embrocado, y así y todo, como por una ironía en los acontecimientos humanos, esa construcción primitiva permaneció erguida por más de cinco años con la circunstancia de que en cada fiesta del Salvador le caía una lluvia de barillas de cohetes, bombas y cachinflines encendidos, sin que jamás hubiese habido ni el más leve amago de incendio, porque no había entonces en el país, «aseguros contra incendios» o más bien, inconscientes fomentadores de ellos, desde que por lo general sólo las casas aseguradas se queman, y sólo por chiripa alguna que no lo esté entre aquellas. Este Teatro, lo mismo que la casa, eran propiedad de don Mariano Cáceres, suegro del ilustre hombre público, insigne literato y dulce poeta, don Miguel Alvarez Castro.

El General ordenó a Tocha que lo acompañase a su casa, la cual estaba contigua al mismo Teatro, por el costado Sur. Como una hora después salió Tocha convertida su saña, al parecer, en un sentimiento amistoso, cuya sinceridad el tiempo justificó.

En la tarde de ese mismo día circuló una hoja en que el General daba cuenta al país de haberse restablecido el orden en la capital, sin haberse derramado ni una sola gota de sangre, y por la noche dió un animadísimo baile en celebración del acontecimiento; pero en ese mismo baile, se le censuraba con acritud el no quitarse la espada al entregarse a la danza, lo que con seguridad hacía, en previsión de otra posible sorpresa, diciendo como años después dijo el otro: «que me encuentren por si acaso con las armas en la cinta.»

Pero se preguntará con razón: ¿cuál fué la causa del estruendoso motín que se ha narrado? Héla aquí:

Entre los objetos pertenecientes al Gobierno Federal, cuando este se trasladó de Guatemala a esta capital, venían los retratos, en talla heroica, vulgo «cuerpo entero», de los Generales, don Félix Fernández, que cambió el nombre, por Guadalupe Victoria, primer Presidente de



México; el de don Nicolás Bravo, el del español General Mina, muerto en defensa de la independencia mexicana, y el del Libertador don Simón Bolívar, del que hay que reseñar su origen.

En 1824, encontrándose el Libertador en Guayaquil y para darle mayor interés a sus propósitos previsoros, envió a su propio Secretario íntimo, el ilustre don Bernardo Monteagudo, con credenciales para excitar al Gobierno Federal de Centro América para que acreditara Delegados que concurrieran a su proyectado Congreso de Panamá. Pero este caballero al llegar a Sonsonate, se hospedó en casa de la familia histórica de los Arce; y ya sea por motivos de salud, o inconvenientes del camino, y al tratarse de un asunto de urgencia perentoria, remitió sus credenciales por un expreso, lo que dió el más satisfactorio resultado, puesto que no se hizo esperar el nombramiento del eximio y siempre bondadoso sabio doctor don Pedro Molina, que salió en el acto rumbo a Panamá. Pero es el caso, que la Constituyente de Centro América, a la sazón reunida en Guatemala, sabedora de que el mencionado agente llevaba siempre consigo un lienzo que representaba con exactitud maravillosa al Libertador de cinco Naciones, le propuso comprárselo, y Monteagudo lo regaló.

Así es que al aparecer aquí en el recinto de la Presidencia del Salón de Sesiones en la Constituyente del Estado en 1841 los referidos retratos, entonces, el escándalo, las protestas y las amenazas no conocieron límite, porque con indignación se afirmaba que Malespín había hecho poner el suyo entre los citados retratos, tomando el de Bolívar por el de él. La causa de un error tan unánime no carecía de fundamento desde que la semejanza de la figura del lienzo con la persona era asombrosa, hasta el grado de que muchos sujetos ilustrados y de recto juicio se daban por ofendidos al intentar explicarles el quid proquó: «pero ¿por quién me toma Ud.», se le oyó a más de uno replicar, «cuando estoy viendo allí al hombre mismo?» señalando el retrato.

Tan tenaz equivocación causó el levantamiento popular referido.

Entre tanto, el General Malespín, al enterarse del hecho que se le atribuía, hizo trasladar el cuadro a su casa, siendo desde ese instante el único adorno de su sala.

Se le colocó descansando en el suelo y arrimado al muro inmediato a un balcón; de tal manera, que parecía en actitud de asomarse a él, lo que fue causa de que multitud de personas, al pasar creyendo ser el General mismo, le saludaban con una respetuosa inclinación de cabeza. Y muchos de los magnates que lo visitaban en son de alabanza, admiraban el retrato por el parecido en que sólo el movimiento le faltaba para completar la identidad, a lo que el General respondía: «no señor, yo no tengo la honra de ser el que está representado en esa tela; y ojalá me hubiera cabido en suerte, ser el más humilde de los asistentes de ese grande hombre: el Libertador!»

¡Pero toda esta población fue testigo de estos hechos, en la que no es posible que todos sus habitantes hayan muerto, ni que los sobrevivientes los hayan olvidado! Y sin embargo, en las galerías de retratos de esta Universidad y del Palacio de Gobierno se exhibe un mono con quepis que diz que representa a Malespín, y es sensible que para ejecutarlo y no delinearle siquiera se haya dejado guiar por informes falsos y mal intencionados, el hábil pincel del simpático y lamentado Mauricio Villacorta, para dejar eso en escarnio del arte, vilipendio de la verdad y gráfico testimonio de la ignorancia en que se está respecto del fundador de ese fecundo establecimiento (1) destinado a iluminar y enriquecer, como ha sabido hacerlo, el entendimiento de la juventud de su Patria, y evitarle la constante romería de pasar a León de Nicaragua o a Guatemala a implorar una limosna de enseñanza.

La prenda militar llamada *quepis*, apareció por primera vez, con el golpe de Estado el 2 de diciembre en Francia al declararse el Imperio del tercer Napoleón, doce años después de la época de Malespín; de suerte que en ese conato en que se le cree representado, se ha cometido un injustificable anticronismo,

(1) No falta alguna que otra persona ilustrada, que más bien con la mira de extraviar el criterio de la presente y venideras generaciones, ya que no es posible negarle su verdadero origen, le atribuya al eminente y sabio patriota doctor don Antonio José Cañas la fundación del primer centro de enseñanza superior en el país; y no cabe duda que lo habría verificado si las circunstancias le hubieran sido favorables en una de las veces que ocupó el Poder Supremo, como lo hizo Malespín; sin tan ventajosa oportunidad y sólo por un rasgo de impaciencia de carácter.



y valga la palabra, a la vista e indiferencia de quienes podían haberlo evitado, siquiera por el decoro y majestad del templo de las letras, al acoger a sabiendas una insultante falsedad, escrita en mono.

El General Malespín siempre fue correcto en su traje, y se uniformaba como hoy día los alemanes, con elegante yelmo de plata maciza, de cuya cimera descendía una abundante crencha de cerdas negras que le llegaba a las corbas. Nunca se puso en ridículo.

El retrato del Libertador fue destruido por la ruina de 1873, en poder del doctor Dorat, a quien se había encomendado hacerle algunas reparaciones en los deterioros del tiempo.

Encontrábase prostrado con dolor en la cintura hasta el grado de no poder levantarse, cuando el General Malespín recibió aviso, por correo violento, de haber desembarcado en el puerto de La Unión el General Morazán, el 14 de febrero de 1842 y seguido acto continuo para San Miguel. El enfermo entonces hizo llamar al Teniente Coronel de Caballería don Narciso Herrera, mexicano de origen, a quien familiar y cariñosamente se le llamaba *guachinango*, y le dió orden de que dentro de media hora se presentase con cien dragones montados, y cada uno además de su propio equipo, trajese dos fusiles con sus respectivas fornituras, provistos de dos paradas, (paquetes de cartuchos) y ocho individuos de tropa a pié armados de carabina, (retaco) de los que dos fueran sargentos, primero y segundo. Cumplida la orden se hizo conducir en hamaca por seis de los de infantería que se remudaban de dos en dos, se entiendo, y con su caballo ensillado, llevado del diestro, rompió la marcha rumbo a San Miguel acompañado de unos pocos oficiales. Una vez salido del recinto de la ciudad, a todo hombre que se le encontraba en el camino se le agregaba al cuerpo expedicionario, dándosele un fusil y sus arreos; así es que este se componía de trescientos soldados al pasar el Lempa. Los sargentos, sobre la marcha iban organizando las improvisadas compañías. A San Miguel ya entró montado el General, donde apenas habló con el infortunado Alcalde don Manuel Bahamonde, para seguir en pos del ilustre caudillo que con sus acompañantes acababa de regresar a La Unión, en donde sin pérdida

de tiempo se embarcó, y que a no haberlo hecho así, habría sido capturado por sus perseguidores a la orilla del mar, cuando los botes se alejaban apenas se habían internado en la bahía, tal, que al más rezagado de ellos intentó aprehenderlo, lanzándose tras él en su caballo, hasta cubrirse este en el agua, el bien apersonado y muy culto Teniente Coronel y escribano público ahuachapaneco don Tadeo Lima.

El General Malespín, sin perder el tiempo y en previsión de posibles perturbaciones en el interior, regresó a San Miguel y ordenó el fusilamiento del Alcalde don Manuel Bahamonde; fusilamiento que el juicio público *reprobaba* y lamenta con justicia, porque lo atribuye a efecto de embriaguez, en lo que acaso tal vez tenga razón pero no la tiene en hacer caso omiso, del estado de guerra en que el país entero, ipso facto, había entrado y de los esfuerzos que el infortunado Alcalde había hecho para que celebrasen actas desconociendo el orden de cosas establecido, en favor de la prestigiada personalidad recién venida, lo que no le fue posible realizar por no haber quien lo secundara en sus propósitos, excepción hecha del señor don José Aguirre, quien por una hábil estratagemata suya pudo escapar de correr la misma suerte de su amigo que se efectuó así: Ya sin tiempo para salir de su casa, y no exponerse a ser tomado por una escolta, supo este señor la prisión don Manuel y que también a él se le buscaría: entonces determinó fingirse de un enfermo mendigo, tirado sobre un sucio pedazo de petate en el propio y claro corredor con la cabeza ceñida de una piltrafa de pañal mugriento, quejándose de fuerte calentura. Ya era tiempo, porque la escolta entró e hizo un escrupuloso registro de toda la casa, y al salir de ella se recomendaba se *hiciese la caridad de cuidar a aquel infeliz*.

Historiador apreciable pero mal informado, asegura que Morazán pudo batir a Malespín, con ventaja, porque a su llegada a San Miguel organizó 400 hombres; pero ¿de dónde le vinieron esos hombres armados cuando Bahamonde no logró reunir la Municipalidad? No hay en eso siquiera la sospecha de que fuera cierto ni aun posible.

(Concluirá en el próximo número.)



HE visto cómo la foule, la muchedumbre congregada en la gradería de la Audiencia ha aplaudido a Josefina Barthelemy, convicta y confesa de infanticidio y absuelta antes de ayer por el Jurado del Sena; y una amar-ga sonrisa ha crispado mi boca, al pensar que es en esta misma muchedumbre, en esta masa de los pueblos, donde el proverbio cree que resuena la voz de Dios.

Josefina Barthelemy, la triste heroína de este proceso, fué ultrajada por un soldado alemán; quedó encinta, y luego, al dar a luz al "hijo del bárbaro", lo mató. El Jurado, al absolverla de este crimen, ha autorizado tácitamente el infanticidio, siempre y cuando el hijo sea fruto de una violación practicada por el enemigo político de hoy, esto es, el prusiano como el austriaco, el turco como el búlgaro. Y esta grave decisión del Jurado del Sena, aplaudida por esa muchedumbre inconsciente y fácil de impresionar por los efectismos que tiene la vida real, como los tienen el teatro o la novela, ha servido, no obstante, para demostrar una vez más que la civilización francesa sigue siendo la misma, aunque la catástrofe de Europa haya conmovido sus seculares raíces.

Voces autorizadas, voces netamente francesas se han alzado en seguida en París para discutir y combatir, para condenar este fallo absolutorio, como ya se había alzado antes, en pasadas controversias, cuando la raíz de la invasión alemana en los departamentos del noreste de Francia, se previó esta contingencia y se abordó el problema de moral social que planteaba. Y ahora, ante el hecho consumado, toda la grandeza de alma de esta raza verdaderamente superior y de este pueblo verdaderamente culto aparece en los conceptos que se aducen para rechazar el citado fallo.

"No me entusiasma—dice una de las más prestigiosas damas que forman el Consejo Nacional de Mujeres—esta absolución; ciertamente, inspira gran piedad esa pobre muchacha, víctima del más horrible de los atentados; pero el pequeño sér que ella trajo al mundo era tan inocente como ella, y ella no tenía dere-

## PARIS EN TIEMPO DE GUERRA

«EL HIJO DEL BÁRBARO»

cho a matarlo. Es concebible que ese niño le repugnase, pero ella podía abandonarlo, confiándolo a la asistencia pública."

Y en efecto, la Casa de Maternidad lo habría recibido, no habría podido negarse a hacerse cargo del

hijo del alemán y la francesa, porque no hay ley alguna que la autorice rechazarlo, bajo ese pretexto que ha servido a la madre para darle muerte.

Pero nadie con tanta elocuencia como el periodista Mauricio de Waleffe ha impugnado el fallo, argumentando con una gran elevación de ideas.

Waleffe dice:

"Este niño asesinado no es alemán, no, señores del Jurado, aunque esto os desagrade. Hasta en las mismas bestias, la hembra comprende por instinto que el pequeñuelo es más de la madre que del padre; y en la especie humana, donde todo el peso de la educación vendrá a sumarse al de la fisiología, ¿puede admitirse que nueve segundos de paternidad, deban tenerse más en cuenta que nueve meses de maternidad? El hijo de Josefina Barthelemy era francés. Arrojarlo al albañal ha sido peor que un crimen, una torpeza. Y cuando se ve a un Jurado dar a este disparate fuerza de jurisprudencia, no puede menos que elevar contra él la doble protesta del patriotismo y del sentido común".

Aunque no se reconociese así; aunque hoy, en plena efervescencia de las pasiones y cuando más exaltado se haya en Francia el odio al enemigo histórico, prevaleciese el criterio del abogado defensor de Josefina, que pedía: "¡perezca la Francia antes que deber parte de su vida a la sangre alemana!" lo que no tiene vuelta de hoja, lo que ninguna sociedad que se precie de civilizada pueda dejar de reconocer, es que la infanticida no tenía derecho a matar. Si en su espíritu no había bastante luz para ver que asesinaba, en aquel sér, una mitad, por lo menos, que era para ella sagrada, porque esa mitad era ¡su hijo! solo la cólera, la funesta cólera, disculpable solamente en esta crisis moral del alma francesa, pudo impedirle que poseyese la serenidad necesaria para abandonar, triste y gravemente, aquella prueba



materias de su ultraje.

No, Josefina no ha sido patriota como se pretende presentarla a los ojos del vulgo; ha sido, simplemente, colérica, ha pensado más en su propia afrenta que en Francia; no es admisible ese fallo, que da derecho a las mujeres francesas a estrangular, apenas nazcan, a los hijos que del enemigo odiado y odioso llevan en el seno, las que los llevan. Por la misma razón, con el mismo elevado espíritu con que, en la duda, se absuelve, porque es preferible dejar sin castigo a un culpable que condenar a un inocente, se debe reconocer el derecho a la vida en esos frutos del ultraje a la virgen francesa por la soldadecita teutona, "El hijo del bárbaro" debe vivir aunque solo sea ante el temor de matar en él al otro ser, al hijo de la madre que lo ha dado a luz, al hijo de una mujer que es francesa.

Que viva, abandonado y desconocido por esa madre, si se quiere, en tanto que se suavizan los odios, que no son eternos, y mientras una mayor cultura enseñe a todos, a las mujeres principalmente, que esos hijos de padres extran-

jeros, pero de madres francesas y nacidos, desarrollados y educados en Francia, serían andando el tiempo franceses, gracias a la sangre materna que llevan en las venas.

Pero Waleffe va más lejos aún, cívicamente heroico, mostrando en toda su amplitud un alma verdaderamente grande y generosa. Waleffe sostiene: "El alemán adulto, que se ha nutrido con la cultura—Rhin, convengo en que es inasimilable; pero no resulta así con el embrión, aunque fuera de padre y madre alemanes; de éste en Francia, se puede hacer un buen francés. Negarlo sería negar la perfectibilidad humana, sería negar la Historia; porque sin esa perfectibilidad ningún pueblo habría llegado a particularizarse, a esencializarse en una raza típica puesto que todas descienden de las mismas células primordiales". Así responde París, el París verdaderamente grande, en este doloroso asunto en que para ver la Verdad hay, como siempre, que sentir con más fuerza que el odio, el amor, el bendito amor, única esperanza humana de perfección.

M. DE LA BASTILLE.

## EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una  
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,  
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso...

Las tres cabezas hermanas  
cayeron como manzanas  
maduras, en el regazo.

## LIED

Eramos tres hermanas. Dijo una:  
«Vendrá el amor con la primer estrella...»  
Vino la muerte y nos dejó sin ella.

Eramos dos hermanas. Me decía:  
«Vendrá la muerte y quedarás tú sola...»  
Pero el amor llevola.

Yo clamaba, yo clamo: «Amor o muerte!»  
¡Amor o muerte quiero!»  
Y todavía espero...

## LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

Décidme, noble anciana, por vuestra vida:  
¿Yace aquí la princesa que está dormida,  
esperando há dos siglos un caballero?

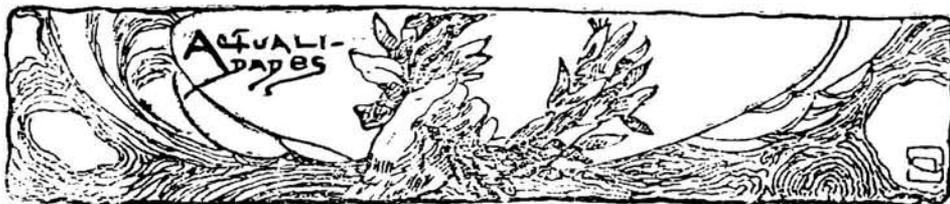
—La princesa de que hablas en tu conseja,  
¡soy yo!... Pero, ¿no miras? Estoy muy vieja.  
¡Ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto  
surqué... ¡Yo que he salvado montes y rios  
por vos!—¡Ay, caballero! Qué desencanto!  
... Mas, no en balde por verme sufriste tanto:  
tus cabellos son blancos ¡como los míos!

... Asómate al espejo de esta fontana,  
oh pobre caballero... ¡Tarde viniste!  
Mas, aún puedo amarte como una hermana,  
posar en mi regazo tu frente cana  
y entonar viejas coplas cuando estés triste...

AMADO NERVO.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.



**C**UANTOS de verdad quisimos al Padre Durán, cuantos guardamos inmarcchita en el alma la flor de su recuerdo, sentimientos en este fúnebre aniversario renovarse en el corazón aquel hondo pesar que nos produjo su partida eterna. Todas las remembranzas del cariño se agolpan a la mente y de su fondo surge la noble figura del amigo que se nos fué para siempre. Volvemos a contemplar, cual si estuviese aún en medio de nosotros, al hombre bondadoso que fué pródigo de su corazón, que bebió el absintio de crueles desengaños, que se doblegó herido de muerte bajo el zarpazo de implacable dolencia, y cuando llegó su hora, se acostó a dormir su último sueño con un gesto de triste resignación en los labios exangües.

Su muerte tuvo en nuestra sociedad la resonancia de los grandes acontecimientos; produjo la desgarradura de los grandes dolores; la consternación de las pérdidas irreparables. Como un golpe repentino fué la noticia de su fallecimiento, y se extendió rápidamente por todos los ámbitos sociales en un estremecimiento de dolor. Todo San Vicente, podemos decir sin exageración, se inclinó con pesar ante su féretro y rememoró con justicia su benéfica e incansable labor de diecisiete años al frente de esta Parroquia. El homenaje que le tributó al depositar en la fosa sus despojos mortales, revistió toda la pompa funeraria, toda la grandiosa solemnidad debida a sus ilustres merecimientos.

No: el pueblo vicentino no olvida al Padre Durán; no puede olvidarlo. Jamás se borrará la huella de su larga permanencia en el gremio de nuestra sociedad, como director legítimo de sus intereses religiosos. Esa huella perdura en obras de positiva eficacia, de incontestable utilidad y beneficencia. Su nombre queda en los anales parroquiales junto a los nombres de los Curas más honorables y competentes que han dirigido y administrado esta feligresía.

Mas no es al sacerdote a quien quiero consagrar estas breves líneas, sino al

## LUCTUOSO ANIVERSARIO

Del opúsculo dedicado a la memoria del señor Presbítero Nicolás Antonio Durán, que es—como lo expresa el Dr. Alfonso Coronado Aguilar—la condensación del dolor de un pueblo agradecido; una guirnalda funeraria que el sentimiento público coloca sobre la loza que cubre sus restos; un homenaje de cariño al que fué noble por sus virtudes; una página honrosa en los anales del clero salvadoreño; un lenitivo para el dolor que siente una feligresía inconsolable y una ofrenda de verdadero amor y admiración inextinguibles.

amigo tan querido como respetado, a cuya memoria me ligan no solamente los lazos del afecto, sino también los de la gratitud. Que otros digan de su apostólico celo como pastor de almas; de la cálida unción de su oratoria en el púlpito; de aquel entusiasmo emprendedor con que metía el hombro a cualquiera obra que redundase en adelanto de su iglesia, de aquella su afabilidad ingénita y aquel su austero carácter con que supo conquistar el aprecio y la veneración al mismo tiempo de cuantos le relacionaron; de aquel amor, en fin, con que se asió a su Parroquia vicentina, y le dió los mejores años de su vida, toda su vida... Que otros loen al sacerdote en el ejercicio de su ministerio: yo quiero tan sólo consagrar un recuerdo al generoso amigo que me tendió su mano sin falsía y me honró con su estimación particular.

Porque fue en el seno de la amistad donde el corazón del Padre Durán se daba entero, sin ulteriores miras, bajo el impulso únicamente de su bondad ingenua. Por esta ingenuidad fué muchas veces casi infantil en sus apreciaciones personales. De aquí sus amargas decepciones cuando palpaba la realidad, cuando rasgaba el velo de la mentira humana, cuando sentía en el talón la venenosa mordedura de la perfidia. Pero jamás los desengaños dejaban en su alma las agrias levaduras de los ocultos resentimientos; y seguía así su camino, siempre generoso y bueno, siempre dispuesto a perdonarlo todo. Así pasó por la vida; así se nos fué por fin cuando llegó la hora improrrogable de la muerte, y cayó en el sepulcro como un astro que nos dejase el dulce crepúsculo de su recuerdo.

Ya luce para el Padre Durán la luz perpetua del misterio. Ya sabe él del espantoso arcano de la tumba. Su espíritu, aquel su noble espíritu que sintió en el mundo la inquietud religiosa de lo desconocido y abordó con pavor los insolubles problemas de las causas finales descansa ya en la plenitud de la verdad eterna...



Manos amigas tejen hoy, en el aniversario de su muerte, esta corona simbólica, con las flores del sentimiento, con las sencillas flores que han recogido en los huertos del cariño cuantos en vida le quisieron de verdad: póstumo homenaje a su memoria. Yo pongo también

en esa corona mi modesto tributo: una rosa primaveral, toda roja y encendida como una llama, como un recuerdo que no muere, que estará siempre ardiente en el fondo de mi alma.

SARBELIO NAVARRETE.

Los Romanoff eran una gran familia originaria de Prusia, que se estableció en Rusia a mediados del Siglo XIV. A fines del siglo XVI, Anastasia, la hija de Román Iourevitch, contrajo matrimonio con Iván el Terrible, personaje de que tanto nos hablan las historias y las leyendas rusas. De este matrimonio datan la fortuna y el nombre mismo de la familia de los Romanoff. En 1601 los Romanoff fueron desterrados de su patria por Boris Goudounoff. Pero el advenimiento de Dmitri puso fin a sus pruebas y pronto regresaron a su patria en donde siguieron preponderando como grandes por sus riquezas y por el poder de su influencia en los círculos políticos y gubernamentales de su país.

Philarete Romanoff llegó a tener ascendiente sobre la población de Rostoff y un hijo suyo, el gran Michel Romanoff, fué electo Zar por la Asamblea del país (zemski sobor), el 21 de febrero de 1613. Por consiguiente, Michel Romanoff, fué el fundador de la dinastía que por más de trescientos años imperó en Rusia y en todos sus bastos territorios.

Nicolás II (Alejandrovitch), hasta el día 15 del mes pasado emperador de las Rusias, nació en San Petersburgo, hoy Petrogrado, el año de 1868. Fué el hijo mayor de Alejandro III y de Maria Federovna, anteriormente princesa Dagmar.— En 1891, el Emperador Nicolás emprendió un largo y dilatado viaje por el Extremo Oriente; visitó la India, Saigon y el joven imperio del Japón. En el curso de ese viaje fué víctima de un atentado contra su vida por parte de un fanático que pretendió asesinarlo.

## LA CAIDA DE LA DINASTIA ROMANOFF

A la muerte de Alejandro III acaecida el 1º de noviembre del año de 1894, fué proclamado Emperador, y en el primer manifiesto que dirigió al pueblo ruso, declaró que seguiría la política de su padre.

El 26 de noviembre del mismo año contrajo matrimonio con la princesa Alix de Hesse, quien tomó el nombre de Alejandra Federovna. En el mes de mayo de 1896, se hizo coronar con gran pompa y solemnidad en la ciudad sagrada de Moscou, y en seguida emprendió un viaje para visitar al emperador de Austria, al emperador de Alemania, a la reina Victoria de Inglaterra y regresó a Paris en donde fué abjeto de una suntuosa y emocionante recepción.

En 1897, el presidente de Francia, Félix Faure, partió para Rusia y fué allí muy ovacionado y festejado por el gobierno imperial y por el pueblo ruso. Antes de su partida que tuvo lugar el 27 del propio mes, al recibir la despedida del Zar Nicolás, en Cronstadt, el Emperador y el presidente cambiaron brindes elocuente en los que fué solemnemente proclamada la alianza franco-rusa.

En el mismo año, Nicolás II intervino cerca del Sultán, con motivo de la guerra greco-turca, con el fin de que aquél suspendiera las hostilidades mientras se celebraban los trabajos de paz y límites. También recibió la visita del emperador de Alemania Guillermo II, e hizo un viaje a través de Polonia en donde fué muy aclamado por el pueblo.

El 24 de agosto de 1898, el conde Mouraviev, remitió a los representantes de las nociones extranjeras ante la corte de Rusia, un rescripto en el que el Em-



perador solicitaba la reunión de una conferencia consagrada a buscar los medios de poner un término a los gastos ruinosos de la funesta paz armada y al desarrollo progresivo de los armamentos modernos. Obedeciendo a este llamamiento del Zar de Rusia, se reunió el año de 1899, en la Haya, la primera conferencia de paz. Dos años después, en septiembre de 1901, el emperador Nicolás II hizo un nuevo viaje a Francia, y el presidente Louvet le pagó esta visita en San Petersburgo en el mes de mayo del siguiente año de 1902.

Durante la guerra chino-rusa, fué completo el acuerdo entre Francia y Rusia, y en 1902, fué firmada una convención franco-rusa en la que se decidía la conducta que deberían seguir ambas naciones en el extremo Oriente, en vista del tratado anglo-japonés. Nicolás II firmó la convención del 8 de abril de 1902, por la que se deja a China la posesión de la mayor parte de la Mandchuria.

Durante los primeros años de su gobierno, Nicolás II mantuvo intacto el gobierno autocrático en lo que se refiere a la política interior de Rusia, y por mucho tiempo la influencia del procurador general del Santo Sinodo, o sea el Pobiedonostrew, fué preponderante, hasta que las exigencias mismas del pueblo obligaron al Czar a adoptar un sistema de gobierno constitucional, más en consonancia con los progresos de la civilización.

### LA VIDA ÍNTIMA DE NICOLÁS II

Como un justo homenaje a la laboriosidad del monarca que acaba de ser derrumbado del trono más poderoso de la tierra, consignamos aquí algunos datos sobre la vida íntima que hacía mientras fué el soberano de todas las Rusias, y que encontramos al azar en un artículo publicado en fecha reciente por una de las más importantes revistas europeas. En dicho artículo se cosignan hechos que dan a conocer los rasgos característicos del soberano que por muchos años imperó en Rusia y que ejerció su dominio absoluto sobre muchos millones de hombres, hasta que una revolución lo arrancó del trono en unas cuantas horas.

La sencillez y la sinceridad de sus actos le disculparán de los errores que como gobernante haya cometido, ya que en cuestiones políticas no siempre es el

acuerdo de los mejor intencionados, sino de los más hábiles, y sobre todo de quienes saben aprovechar los medios que tienen en sus manos para mantenerse en el poder.

### COMO TRABAJABA NICOLÁS II

Muy de mañana comenzaba las labores el Czar. Desde las 8 de la mañana, y a veces antes, se veía un gran movimiento en el palacio imperial. A las nueve terminaba el Emperador su primer almuerzo, que era muy frugal, y de allí se dirigía directamente a su gabinete de trabajo para leer los diarios de la mañana y la correspondencia del día. Sobre su escritorio encontraba siempre el programa que debía seguir aquel día, así como una nota de lo que debería llamar su atención, escrito sobre un carnet-calendario colocado al alcance de su mano.

Hasta las diez y media de la mañana recibía la visita de los miembros de su familia, de sus más próximos amigos y conversaba con algunos altos dignatarios de la corte. La mayor parte del tiempo paseaba solo y algunas veces en compañía del Czarevitch, pero invariablemente seguido de sus perros favoritos, hermosos "collies" escoceses, fieles y cariñosos con su amo.

De ordinario el Emperador regresaba al palacio a las once del día, y, a menudo acompañado de su hijo, se detenía a saborear el segundo almuerzo con el regimiento de infantería de la Guardia Imperial, o de su escolta personal. En seguida comenzaba a recibir a los Ministros, hasta la una del día, hora en que se retiraba a comer.

Esta comida de la una se verificaba en familia, aunque algunas veces eran invitados a ella los oficiales de servicio en el palacio Imperial. La mesa era abundante, pero sencilla. Al levantarse de la mesa, se dirigía a uno de los amplios salones del palacio y allí recibía a los altos dignatarios y a las delegaciones y representantes de las otras naciones amigas. Las últimas horas de la tarde las consagraba a su segundo paseo por el campo.

Los indicados paseos variaban mucho. Algunas veces Nicolás II salía a pié, otras a caballo y otras en bicicleta, y durante el estío que lo pasaba en Peterhof, lugar situado cerca de las márgenes del golfo de Filandia, gustaba embarcarse en una especie de chalupa llamada "bai-